



Vicente Barrantes

Baladas españolas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Vicente Barrantes

Baladas españolas

Ex-diputado a Cortes, Caballero de Cristo de Portugal, Oficial primero del Consejo de Estado, etc., etc.

Dedicatoria

A D. Ángel Fernández de los Ríos

Madrid 5 de Abril de 1855.

Hoy hace justamente cuatro años, amigo mío, que un joven oscuro, -muy oscuro,- remitió a V. sin conocerle varios artículos de crítica literaria, que a la suya, tan inteligente, sometía. Fuera imposible -sobre inoportuno- pintar aquí la ansiedad con que el joven esperaba su fallo; ansiedad que sólo puede compararse al júbilo que le inspiró una carta de V., cuyas lisonjeras frases nunca se borrarán de su memoria.

Haya alcanzado poco, haya merecido menos, aquel joven debe a v. cuanto hoy goza de nombradía en la república de las letras. Deuda de su alma, la puede sólo pagar con versos de su alma.

Aquel joven era yo.

Al frente, pues, de mis BALADAS, primera producción algo pretensiosa que doy a luz, pláceme poner, mi querido Ángel, el nombre de V.; con que mi libro y yo ganaremos, -él a los ojos del público,- yo a los de aquellos que en algo tienen la amistad y la gratitud.

Si vale poco la ofrenda, la engrandece la intención.

V. B.

Al que leyere

Este libro es un adiós a la poesía, y nada más. Huye para el autor, -quizá demasiado pronto,- la época de sus ilusiones y sus creencias poéticas, y ha querido consagrarles un monumento bueno o malo. Todos los hombres hacen lo mismo, vanidad hartamente disculpable, principalmente con las cosas queridas o halagüeñas. En todos los sitios bellos o célebres, en los monumentos del arte o de la tradición, se ven siempre a montones firmas desconocidas o ilustres. Es que el hombre sabe que se va pronto, y quiere quedar ligado a la tierra, aunque sólo sea con recuerdos.

Permítasele, pues, al poeta la misma debilidad, que con harta razón lo merece.

Nacido en una época sorda a la poesía, época, que al fin se reasumirá, en una tabla de logaritmos o en un libro de caja, cuanto ve en torno suyo es miserable o liviano, cuanto hiere su imaginación desentona y rompe su magnífica armonía. Se le exige que sea enciclopédico; que instruya y deleite al par: que escriba para su corazón y para su bolsillo; - como si ideas tan contradictorias pudieran caber en la imaginación de un poeta verdadero.

De aquí ha nacido, sin duda alguna, el afán de todos por dar a la forma ese carácter churrigüesco y estrambótico que al pensamiento se pide. Nadie los culpe, no. En los campos del Indostán una estatua de Fidias llegaría a barbarizarse, por decirlo así, para inspirar siquiera menos desdeñadas a aquellas tribus bárbaras.

Estas reflexiones engendraron este libro.

Necesitaba el autor cantar, y para que alguno le escuche ha pedido a las literaturas extranjeras de prestado una fórmula y un género. A decir verdad, la balada merece tomar en la nuestra carta de ciudadanía. ¡Así pudiéramos alcanzársela nosotros! -pero nos falta el genio de Goethe o de Schiller, de Walter Scott, de Byron o de Moore, de Delavigne o de Victor Hugo, que en Alemania, Inglaterra y Francia han aclimatado este género, poniéndolo sobre todos los de la poesía lírica.

Nos queda, sin embargo, un consuelo en nuestra pequeñez. Hemos abierto un camino. Otros lo seguirán con pie más seguro o con mejor fortuna.

Si se nos preguntare -y sea dicho de paso- cuál es el carácter distintivo de las baladas, no sabríamos, francamente, cómo responder. Aunque tan hermanas de la poesía popular, que son a los pueblos del Rin, de Irlanda y de Escocia, lo que los romanceros a nuestra España, y el poema del Tasso a los gondoleros de Venecia, al pasar por el crisol de las nuevas civilizaciones poéticas se han reformado de tal modo, que ni podríamos atinar con el verdadero significado que hoy tienen en las literaturas, ni asentar en absoluto si han ganado o han perdido.

Las baladas de Walter Scott, -por ejemplo,- que viven con tanta fama, son leyendas históricas en su mayor parte, de acción dramática, dialogadas las más, y distintas en fin de todo en todo, de las de Goethe y Schiller, que conservan mejor su primitiva forma y sencillez. Adoptan Delavigne y Victor Hugo un término medio, y aunque dramatizando en el fondo la acción, como era necesidad de escritores franceses, imitan la forma y el no sé qué apacible y vago de los alemanes, maestros en este género. Byron, en cambio, hace lo

que nos otros hemos hecho: imita lo que le place de unos y otros, aunque les muda el nombre en melodías.

Resulta, pues, imposible de señalar el verdadero carácter de la balada. Adoptándola en nuestra literatura, podría decirse que tiene: -de la égloga, la sencillez; -de la leyenda, el calor; -de los romances antiguos, la melancolía; -y de los cantos populares, el espíritu.

Quédanos por hacer una advertencia.

Aunque hemos imitado y aun traducido baladas inglesas, alemanas y francesas, haylas en nuestra colección enteramente originales, -y no es corto el número. Lleva al final un apéndice donde los modelos o los autores se señalan escrupulosamente. Ni queremos, como la corneja de la fábula, vestirnos de ajenas plumas, ni apadrinar extravagancias -muy bellas por otra parte,- como Loco de amor, traducida de Goethe casi al pie de la letra.

Si a pesar de esto las llamamos Baladas españolas, es porque las históricas están acomodadas a nuestra historia, las de costumbres a nuestras costumbres, y las de pasión a nuestras pasiones.

Mayo -1853.

Algo tiene el autor que añadir a lo que dijo en la primera edición de las Baladas.

Aunque el público, juez inapelable, haya pronunciado sobre ellas un fallo lisonjero, no me hago ilusiones, ni me las haré nunca. Estoy muy lejos de alcanzar la perfección que mis modelos extranjeros han conseguido. No acierto a manejar el idioma con aquella difícil facilidad que Moratín exige a los escritores, y en balde me afano por producir en este rebelde instrumento las combinaciones peregrinas, los tonos singulares, las dulces armonías, que en otros autores de baladas me embelesan.

Y que debo culpar sólo a mi pequeñez y tosquedad, no tardo en reconocerlo, considerando que, fuera de las lenguas italiana y lemosina, difícilmente habrá otra que como la nuestra se acomode a todos los caprichos de una imaginación verdaderamente poética, y ora blanda y suave, ora enérgica y ruda, ora solemne y acompasada, se plegue a todas las exigencias de un género de poesía en que entra por mucho la forma, y que tiende a reproducir las varias y más delicadas sensaciones de un alma apasionada. Corroboro esta para mí triste sospecha la observación que hicieron los críticos al publicarse mi obra por primera vez, y que yo apunté en otros términos por varias partes del prólogo que acaba de leerse, relativa a las buenas disposiciones que nuestro pintoresco país, y nuestra poética vida histórica y social, ofrecen a los que cultivan este género.

¿Cómo pude yo desconocerlo nunca, si al designar los principales caracteres que la balada habría de tener en España, se me acordaron bellísimas inspiraciones de nuestros antiguos cancioneros, los rasgos más sobresalientes de nuestros romances, y hasta ciertos toques de nuestra dulce poesía sagrada, que muy de cerca lindan con este hermoso campo en que sin derecho me entremetía? ¿pude yo desconocer que no hay en ninguna lengua balada amorosa que comience en más adecuado tono que aquella canción del marqués de Santillana:

Mujer tan hermosa

non vi en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa,

o que el conocido romance

Paseábase el rey moro

por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla?

Pero esta felicidad de circunstancias y predisposiciones, que nunca se me ha ocultado, aumenta las dificultades de mi empresa, y quizás ha sido parte a que por tanto tiempo la interrumpa, que un público acostumbrado, como lo está el español, a saborear tan deliciosos manjares, tiene derecho, cuando se le ofrece uno que aspira a reunir todos los aromas en un solo vaso, todas las flores en un solo ramillete, a ser más exigente que nunca lo fuera, más descontentadizo, mas caprichoso.

Ni se tornen por queja estas palabras, que ninguna tengo del público, mientras él debe tener muchas de mí. Doce años he tardado en demostrarle el aliento que su aplauso me infundió en 1853; doce años, que yo mismo no acierto a explicarme cómo se han pasado, ni volviendo los ojos al libro de mi vida, lleno de páginas tristes, de borrascas y naufragios. Menos afortunado yo que el de las Baladas, que no llegó a zozobrar habiendo visto la luz en medio de graves, convulsiones políticas, sólo en una débil tabla he salvado un resto mísero de existencia, debiéndosela dos veces al que me la ha dado, y haciéndoseme el tiempo corto para gozarla y bendecirle. Esto sin contar otras borrascas que en tan largo período he sufrido, y que todas fueron enemigas de las musas por desgracia mía.

¿Quise acreditar también la ficción que encabezaba mi prólogo anterior? No lo sé a decir verdad, si bien pienso que en esto de abandonar a las nueve hermanas todos los poetas nos parecemos al de Gil Blas, que en verso las despedía y así nunca acababa.

Ello es que en doce años apenas he compuesto otra docena de baladas, que ahora entrego al público para que las juzgue.

Nunca fue mi ánimo darle muchas. Primero, porque no soy yo, a semejanza de la tierra en que nací, de las más fecundas de España. Segundo: porque en esto de innovaciones debe irse con mucho tiento el que las hace. Y tercero, porque la misma vulgaridad en que cayó este género, inmediatamente después de publicada mi obra, puso en mi espíritu cierta desconfianza y temor de ser yo responsable de algún extravío literario. Porque no se eche esta indicación a mala parte, cosa común entre poetas, quiero recordar aquí la lluvia de baladas que cayó por los años de 54 a 56, tiempo en que, no obstante sus agitaciones febriles, hasta los periódicos dieron en la flor de hacer en sus gacetillas paráfrasis más o menos oportunas y acertadas de mis pobres composiciones, guarneciéndolas por supuesto con punzantes espinas que a ministros y hombres públicos desgarraban. La innovación de la gacetilla en verso, impresa algunas veces al común estilo de la prosa, coincide con aquella época, que no recuerdo sin sentimiento por haber brillado notablemente en ella uno de mis mejores amigos, a quien ha poco nos arrebató la muerte, D. José Joaquín Villanueva. Tuve yo mismo la debilidad de seguir la corriente, si bien no por lo político, sino por lo social, dando a luz en gacetillesca forma, entre otras baladas nuevas, la de El rey ha muerto! viva el rey! que acaso recordará a algunos lectores sus prosaicos pañales y prosaica cuna.

Y porque tampoco es mi ánimo zaherir malamente a los que se me han aventajado en este camino, que no envidio yo las glorias legítimas porque a mí la fortuna me las niegue, debo hacer aquí especial recuerdo de las Baladas mallorquinas, de D. Tomás Aguiló, que en 1858 tradujo en castellano D. José Francisco Vieh, librito apreciable, que me hace el honor de remedar al mío con bastante frecuencia, como puede verse en la balada V, que principia:

Cuant es mitja nit en punto,

y ses buscas d'es rellotje
com a jermanas parugas
s'arramban lo més que poden;
tocan dotze campanadas
que dins sas tombas retronan,
y a n'es morts els-a despertan
mentras tant que'es vius s'adormen.
Heyá llosas que tremolan,
heyá llosas que no s'moven
heyá sombras que s'axecan,
y es cementeri revoltan.

.....

Una mara desdichada
cada vespre en aques'hora,
anava a plorar sa filla
y a séura demunt sa fossa.

Esta introducción ha sido inspirada, si no me equivoco mucho, por la de El alma en vela (balada XXX de mi primera edición) que dice así

Cuando la noche tiende

su manto negro,
enmudecen las tumbas
del cementerio,
Porque los vivos
que despiertos olvidan
¿qué harán dormidos?
Pero la tumba blanca
del tierno infante,
resuena cual capullo
que se entreabre
Porque ni en sueños
una madre se olvida
de su hijo muerto.

Debo también a otro descendiente de los antiguos trovadores lemosines una imitación, que a la verdad me enorgullecería si por su mérito midiera el de mi libro, pues es una de las escenas más bellas y sentimentales de la Campana de la Almudayna, drama que pasará a la posteridad entra los mejores del repertorio moderno.

Por último, -que, ya es hora de terminar esta relación, halagüeña para mí, para los lectores enojosa,- otro poeta insigne, el Sr. D. Carlos Rubio, a quien nunca perdonarán las musas el olvido en que las tiene, imitó una de mis baladas en su preciosa composición El mes de Mayo que principia;

Mayo ha llegado, el mes de los amores,
de hermosos días y de noches bellas
y se abren a la par alas y flores
éstas al sol, como al amor aquéllas.
Mirad la juventud libre y gozosa,
húmedos los cabellos de rocío,
soñar amores en la selva umbrosa,
danzas tejer junto al tranquilo río.

Así se esplican, en mi concepto, dos cosas: mi silencio porfiado y las alteraciones que sufre ahora este libro. Escitada por su primera aparición la curiosidad del público y la benevolencia de los críticos, estábales yo obligado por la gratitud, que tanto puede en los pechos nobles. Así no ha pasado un solo día sin hacer en él alguna corrección. Verdaderamente incorregible en esto, como he dicho en el prólogo de la tercera edición de Siempre tarde, conozco que llego a veces a desnaturalizar las obras de mi flaco ingenio, sobre toda aquellas que tienen, como las Baladas, algún perfume especial. Sin embargo, huyendo de este escollo, aun las que hay parecen, enteramente nuevas, como Magdalena, he procurado que conserven su primitiva sencillez y espontaneidad. La forma ha sido el

principal objeto de mis correcciones, pues además de la imperfección de que adolecía, me hizo mucha fuerza la observación del ilustre autor del prólogo que va a leerse, tocante a la inconveniencia, de algunos metros.

La flexibilidad y buen acomodo, por decirlo así, que desde el primer día mostró la balada, y la decidida inclinación del gusto público hacia las de tono picaresco, me ha hecho introducir en la obra algunas que hubiera de buena gana suprimido, pues antes son cuadros satíricos o escenas de costumbres, que baladas; pero a decir verdad este defecto, que puede serlo grande para los hombres de esquisito gusto, hace sobresalir el tipo romancesco y de gaya ciencia, que debe tener el libro, y así me ha parecido que se compensa el inconveniente con la ventaja. Idénticas consideraciones me mueven a no borrar la titulada el Bautismo, ni alguna otra, que por distintos rumbos va a incurrir en el defecto de las picarescas; pero sobre hacer con ellas un contraste que produce en mi opinión buen juego poético, por la especialidad y delicadeza de su género, yo no sabría asignar a estas composiciones puesto y nombre literario que entre las baladas no fuese.

He aquí todo lo que tenía que decir al público al someter de nuevo a su fallo una obra que me recuerda los más hermosos días de mi juventud. ¡Ojalá recuerde ella también a sus antiguos lectores algunos momentos de placer, y esclamen con la maliciosa ternura de Francesca de Rimini:

Galeotto fu il libro, e chi lo scrisse.

Enero de 1865.

Prólogo de la primera edición

Cuando un amigo escribe algunos renglones al frente de un libro de un amigo, puede hacer dos cosas: o elogiar cuanto el libro contiene, engañando a su autor, sin engañar por eso al público, o decir la verdad lisa y llanamente. Al tomar la pluma para escribir el prólogo de Las Baladas españolas, nosotros, que nos honramos con la amistad de Vicente Barrantes, hemos optado por el segundo medio, como siempre optaremos por lo que creamos más justo y razonable.

El autor y los lectores pueden estar seguros de que van a oír nuestro parecer, tal vez errado, pero franco y leal indudablemente: los que quieran formar su juicio sin ayuda de nadie, dejen el prólogo para lo último, o no lo lean, en lo que no andarían muy descaminados: los que deseen saber algo de la vida literaria del autor, y notar a primera vista ciertos defectos y bellezas de este libro, que quizás podrá decirles, quien como nosotros lo ha estudiado mucho, por más que no hagamos profesión de críticos, pierdan algunos minutos en hojear nuestra desaliñada prosa, que a bien que la galana poesía que tras ella viene les indemnizará con usura del mal rato que haya, podido darles.

Cuando el público lee una cosa que es mala o que no le gusta, suele creer y decir que el autor de aquella cosa es malo: cuando lee una cosa escrita sin talento, sienta como una

verdad incontrovertible que el que la escribió carece de talento. En esto, como en otros muchos de sus juicios, el público se engaña muy a menudo: cuando un actor se equivoca en el teatro, los espectadores le echan siempre la culpa de su falta: desde la luneta esto parece justo; es necesario estar entre bastidores para conocer que muchas veces el que se equivoca es el apuntador.

Decimos esto para hacer palpable una verdad, que de otro modo no podrían comprender los que están lejos de los círculos literarios. En España, por más que se diga, hay algunas, aunque no muchas personas que viven de su pluma: en este número se cuentan, feliz o desgraciadamente, el autor de Las Baladas y el que escribe estos renglones. En España, y esto no dudamos en asegurar que es una verdadera desgracia, al cambiar en cuartos los productos del ingenio, se pierde un ciento por tanto (sería inesacto decir tanto por ciento) tan considerable, que casi da vergüenza de llamar cantidad a lo que resta; más claro, el género mas barato que por aquí se conoce es el literario. Dice un refrán castellano que lo que no va en lágrimas, va en suspiros; así es que como se paga poco y de ese poco hay que vivir, es preciso escribir mucho y deprisa; es menester escribir cuando se come, cuando se duerme, cuando se ríe, cuando se llora. ¿Qué extraño, pues, que un joven de mucho talento y que lo haya mostrado en muchas ocasiones, tenga este o aquel escrito malo, si el día que lo escribió, porque tenía que escribirle, pasaba por uno de esos acontecimientos de la vida que embargan el entendimiento, llevándose toda nuestra atención, y después ni aun ha podido disponer del tiempo indispensable para leerlo? Visto desde la luneta, el escritor no sabe lo que se dice: entre bastidores, se conoce que el apuntador, o llámese la falta de dinero, es el que tiene la culpa de todo.

El número de artículos literarios, satíricos y de costumbres que Barrantes ha dado a la prensa es verdaderamente prodigioso, y nos atrevemos a asegurar sin temor de equivocarnos que en esto le aventajan pocos de los escritores de nuestros días. Hay por lo tanto entre ellos algunos excelentes; muchos buenos y medianos; pocos malos. Para los que leyendo alguno de los últimos forme mal juicio de él, hemos escrito el párrafo anterior; porque por haber puesto su nombre al pie de algunas líneas, buenas tal vez para otros, malas para quien hace lo que él, no dejará de ser Barrantes uno de los jóvenes de más esperanzas, de más porvenir literario que existen, en nuestro país. El Semanario pintoresco, La Ilustración, El Museo de las familias, El Bardo (que dirigió con extraordinario acierto), cuantos periódicos literarios de alguna importancia han existido en la corte o en las provincias, están llenos de sus artículos y poesías.

Si los reducidos límites que nos hemos impuesto lo permitieran, analizaríamos algunas de estas brillantes piezas en que, a vueltas de algunos defectos nacidos del modo con que desgraciadamente tiene que escribir en nuestro país todo el que es escritor de profesión, se encuentran a cada paso conceptos atrevidos, ideas nuevas, y elevados pensamientos: diríamos algo de su novela Siempre tarde, cuya segunda edición se ha hecho hace poco en el folletín de Las Novedades, con el mismo éxito que alcanzó la primera en El Museo español; y consagraríamos en fin algunas líneas a su primera obra dramática, La Comedia de provincia, que su modestia no lo ha permitido dar al teatro, y a su historia también inédita de los reinados de Felipe III y Felipe IV, obras que encomian cuantos las conocen; pero solo nos toca hablar del poeta lírico, del autor de las Baladas españolas.

Con placer vemos que la poesía lírica, tan desdeñada hace pocos años, va recobrando en España el lugar que le corresponde de suyo. Tras *La primavera*, de Selgas, vinieron los *Himnos y quejas*, de Arnao, y muy poco después apareció Trueba con *El libro de los cantares*.

En los encantadores y floridos apólogos de Selgas, en las elevadas inspiraciones de Arnao, en los frescos y deliciosos romances de Trueba, parecían estar comprendidos todos los géneros de la lírica castellana. Barrantes, sin embargo, pretende aclimatar uno nuevo. ¿Aceptarán el público español la balada? Creemos que sí. El que saborea con la sonrisa en los labios *La modestia*, y siente elevarse su alma con el soneto *A la virgen*, y llora con *La niña de ojos azules*, bien puede dejarse llevar al mundo fantástico de *La misma conciencia acusa* y *Santa Isabel y Murillo*, y encontrar en él goces de otra especie, que no por más extraños, deben ser menos apreciados. La balada, en nuestra humilde opinión, a pesar de su origen extranjero, es un género de poesía que echará profundas raíces en España; y Barrantes, aun careciendo de mayor mérito, sería muy digno de elogio por haber sido el primero que se ha atrevido a dar al público una colección de baladas en nuestra patria.

Quisiéramos examinar una por una todas las composiciones de este libro. El aroma que exhala un ramo hace formar una idea muy inexacta del que se desprende de cada una de las flores que lo forman. Pero, ya lo hemos dicho: los límites que nos hemos impuesto son muy reducidos, y para juzgar pieza por pieza las que este libro contiene sería necesario otro libro.

Será forzoso, pues, contentarnos con analizar una sola, que esto podrá dar idea algo más aproximada de lo que son las demás, ya que ni el espacio ni la ocasión nos permitan un juicio del conjunto. *Santa Isabel y Murillo*, que hace poco hemos citado, es la primera que se presenta a nuestra vista.

«Ya han sonado las campanas de los monasterios llamando a los cristianos a la oración; ya empieza a murmurar entre las flores la brisa de la noche, y avanza el crepúsculo, y las doncellas esperan a sus amantes en las ventanas: las sombras se han extendido sobre la ciudad de la Giralda, y comienzan a lucir las estrellas en el cielo. ¡Hora de divino encanto, de sublime misterio! ¡Hora en que el poeta siente volar su fantasía al mundo de los cantares! ¡Hora en que el artista ve bullir cien entre los colores de su paleta!

»¡Murillo duerme! El sol que se va, parece haber robado la luz a su alma: ya la inspiración le deja. ¿Será para siempre? ¡Duerme, ángel caído! ¡Duerme! A sus plantas están hechas pedazos su paleta y sus pinceles. Bien has hecho en romperlos. ¿Para qué te servían? La boca de Santa Isabel, de que tú querías que brotase la sublime palabra Dios, sólo dice amor. Esa boca no es de la Santa. Sus labios de clavel están esperando un beso: están abriéndose para decir: te adoro, -y para decirlo a un hombre: tu torpe, pincel ha profanado la sagrada inspiración. ¿No es verdad, Murillo; que estás sonando con la mujer que adoras?

»Pero, ¿qué perfume aromatiza el ambiente? ¿Qué sublime armonía embarga los oídos? ¿Es que los ángeles dejan por la tierra su divina morada? Una visión celeste cruza los aires las sombras de la noche huyen ante el resplandor que la cerca, y envuelven en una

atmósfera de amor indecible al artista y a su obra. Se detiene: le contempla... Duerme, Murillo, duerme; no ahuyentes a la visión.

»Ya se acerca... ya se fue...

piérdese a la vista incierta...
se para del lienzo al pie...
¡Despierta, Bartolomé,
despierta por Dios, despierta!

»¿Qué es eso? Sus puros y divinos labios tocan los labios voluptuosos de la pintura... Se oye el rumor de un beso... la visión desaparece. Pero... esa boca animada de célica sonrisa, no es la que tú pintaste, no es la que tu Santa tenía, la que te hizo romper tus pinceles y arrojar la paleta. No; esa es el fiel traslado de la boca de la visión: al besarla, sus labios quedaron estampados en el lienzo.

»Despierta; ángel caído; ya tu cuadro tiene el fuego que apetecías. La misma Santa Isabel se lo ha traído del cielo en sus purísimos labios.»

Mucho habrán palidecido en verdad los pensamientos que Barrantes expresa en sonoros, y armoniosos versos al trasladarse a nuestra desaliñada prosa. Esta es la gran prueba a que puede someterse una obra poética. Si a pesar de perder los encantos de la rima y de la medida, dice algo al corazón o a la cabeza, mucho debe valer. La gala de fantasía que en ella hace, lo delicado de los pensamientos, la estraña novedad del conjunto, todo contribuye a que sea una composición notabilísima. Sin embargo, no la hemos elegido por mejor, que en otras tan buenas abunda el libro, siendo la más acabada de todas, a nuestro entender, Esposa sin desposar, que pocas leerán con ojos enjutos y corazón tranquilo.

Sólo elogios hemos tenido hasta ahora, para este libro; tiempo es pues de que hablemos de sus defectos. Pero, ¿qué valen algunos versos flojos; cierta extravagancia en los metros, poco conveniente quizás, y tal cual locución no muy castiza; si todo ello va cubierto y rebozado de tales y tantas bellezas, que la vista apenas lo columbra? Críticos hay que buscan la escoria entre los diamantes. ¡Cuán dignos son de lástima para los que, como nosotros, sólo caminan en pos de lo bello, y lo bello es lo que buscan por do quiera!

Poeta de gran inspiración, Barrantes se deja arrastrar por ella, y eso mismo le hace no reparar a veces en la forma, que de ordinario es buena, e intachable en algunas composiciones. Defecto es este, que el tiempo y el estudio corregirán: poco se echa de menos en él del poeta que nace: fállale algo del poeta que se hace. La lozana imaginación del autor de Ritja, El ciprés del Buen Retiro, Humo, y Flor trasplantada, necesita acaso de un dique que la contenga: este dique, no puede ser otro que la forma. No somos nosotros de los que pretenden que se la sacrifique al pensamiento, alma de toda composición; pero queremos que ese alma está encerrada en un cuerpo robusto y hermoso como ella, y por más que nos entusiasmemos algunas de estas magníficas poesías no dejamos de conocer que aun podían ganar mucho con la corrección. Poco somos en verdad para poner defectos a lo que tanto vale: sírvanos de disculpa la buena intención con que lo hacemos.

El nuevo sol de la lírica española comienza a brillar, disipadas las sombras de una noche que amenazaba ser eterna. En los momentos en que escribimos estas líneas, Selgas acaba de dar a luz otro libro más hermoso, si cabe, que *La primavera*: Trueba comenzará en breve la publicación de un romancero popular, que debe añadir algunas hojas más a su corona de poeta: al lado del puesto que ocupan estos dos jóvenes, las más risueñas esperanzas de nuestra lírica, está el que aguarda al autor de las *Baladas españolas*.

Luis de EGUILAZ.

Je sui Arnaut, que plor, e vai chantan

con si tost vei la passada fotor;
e vei iausen lo iorn, que esper, denan.
Arnaldo el trovador.
(PURGATORIO del Dante, canto XXXVII.)

Yo soy trovador del alma:

cantar quiero sus arcanos
tenebrosos;
su tempestad y su calma,
el hervor de las pasiones,
que hice a los pobres humanos
tan dichosos...
¡ilusiones de ilusiones!

¿Queréis saber, niñas mías,
lo que encierran mis baladas
españolas?

Devaneos, fantasías,
venturas y desventuras
verdaderas o soñadas
a mis solas,
entre goces y amarguras.

El poeta es un espejo,
donde el placer y el dolor
variamente
van pintando su reflejo,
ya con risas ya con llantos,
como el dolor es amor,
más frecuente
lo encontrareis en mis cantos

Pero no en música vana,
que solo al gusto penetra

no en mis días.
Cuando el trovador no hermana
en la sentenciosa letra
lo divino con lo humano...
niñas mías,
¡téngale Dios de su mano!

La golondrina

Balada I

A bordo de un navío

que en la ciudad hercúlea
su ancla mojada en Chío
lanzó a la mar cerúlea,
en noche sosegada
oí esta balada
a un viejo marinero,
inválido sin par
que de su cuerpo mísero
sembrado tiene el mar:
-un pie en el Trocadero,
-un brazo en Trafalgar.

Como brilla en el cielo la luna
suspendida de un hilo de plata
peregrina
golondrina
en el aura meciéndose grata
se distingue en el palo mayor.
Es de aquella
caravana
que en la popa
va galana,
capitana;
y con ella
desde Europa
va cumpliendo un hermoso destino,
a adorar el sepulcro divino,
a posarse en el monte Tabor.
Guardia-marina
de ojos azules,
cabellos blondos,
palabras dulces,

¿adónde llevas
el arma lúgubre
que bajo el brazo
se te descubre?
-La golondrina...
¡Ah! ¡no la apuntes!
¡Ah! no la mates,
sin que la escuches.

LA GOLONDRINA

«Bajo mi pico
»llevo un papel,
»prenda de amores
»de una mujer.
»En él su vida,
»su alma va en él...
»¡lloraba tanto
»cuando volé!...

»¡Chis! vocingleras,
»¡chis! compañeras,
»¡chis! comadres, ¡chis! ¡chis! atended,
»que son cosas más dulces que miel.

»Me dio mil besos
»por galardón
»de la visita
»que haré a su amor;
»y cuando en mayo
»luzca otro sol,
»llevaré a España
»contestación.»

»¡Chis! vocingleras
»¡chis! compañeras
»¡chis! comadres, ¡chis! ¡chis! atención,
»que estas cosas son cosas de amor.

¡Maldito el que los cantos del pájaro no entiende,
que ese jamás del cielo la música escuchó!
¡Maldito el que los plomos a dirigir aprende!
¡Maldito el que la pólvora villana descubrió!

Gemido lastimero de un alma casi muerta
allá junto a las nubes oyose gorgear;
la pobre golondrina cayó sobre cubierta,
y de dolor gimieron los peces de la mar.

El último aleteo del ave agonizante
el pico ensangrentado cubrió con el papel;
y de la bella ausente, de su perdida amante,
el cazador artero memorias halló en él.
-«¡Maldito el que la mate!» -al comenzar decía.
-«¡Maldito el que la mate!» -el joven repitió;
y en sangre entrambas manos manchadas se veía,
y al mar para lavarse demente se arrojó.

EL VIEJO MARINERO

¿No lloráis, como lloro,
viejos, y niñas de cabellos de oro?
solo lloré en la tumba de Gravina...
¡y al recordar la pobre golondrina!

Ni bien ni mal

Balada II

Nada mi pecho desea,
¡ay!
solamente el sufrir me recrea...
¡ay!
-Compañeros
¡a beber!
¡que es un mal la tristeza y un bien!

Yo perdí mis alegrías,
¡ay!
las riquezas del mundo eran mías...
¡ay!
¿Por dinero
lloraré,
si el dinero es un mal y es un bien!

Tuve queridas y amores,
¡ay!
¡cuánto cuestan de llanto y dolores!
¡ay!
La más bella
menos fiel...
el amor es un mal y es un bien.

En odio tuve a mi España,
¡ay!
pero triste viví en tierra estraña...

¡ay!
¿Venturoso
do seré,
si el vivir es un mal y es un bien?

Honor gané y gloria humana;
¡ay!
desvelome la envidia villana:
¡ay!
¿Quién al sabio
puede ver?
el talento es un mal y es un bien

Ansioso partí a la guerra;
¡ay!
al vencer, moribundo di en tierra:
¡ay!
otros ciñen
mi laurel,
que la gloria es un mal y es un bien.

Pero ya nada deseo,
¡ay!
y en llorar y en cantar me recreo:
¡ay!
-Camaradas,
¡a beber!
¡que es un mal la tristeza y un bien!

Así cantó un desdichado,
¡ay!
al festín postrimero sentado...
¡ay!
Cayó muerto
de placer...
el morir es un mal y es un bien.

A D. Luis de Eguilaz

La misma conciencia acusa

Balada III

Misterios del alma son.

MORETO.

A pasos agigantados,

leyendo ansioso un papel,
Moreto cruza por el
Pradillo de los ahorcados

Alma viviente ninguna
viene el silencio a turbar:
solo el que acaban de ahorcar
cuelga a la luz de la luna.

La triste visión la inquieta,
y reza un credo, que al fin
es el buen don Agustín
hombre y cristiano y poeta

Aun doblada la rodilla
siente de la yerba el roce,
cuando sonaron las doce
en el reló de la villa.

En sobresalto cruel
Moreto se levantó,
y en torno a mirar volvió,
y a repasar el papel.

«Si el sitio no os pone miedo,
»quien esto escribe, os espera
»hoy a media noche, fuera
»de la puerta de Toledo.

«Otro mejor no elegí,
»porque asegura la gente,
»que vos y yo, solamente
»podemos vernos allí.»

Poniendo mano a la espada,
mano fría y temblorosa,
don Agustín dijo: -«¿es cosa
»de burlas? ¡no está firmada!

«¿Quién me sacó de la villa
»a este maldito lugar?
-»Aquí maté a Baltasar
»Elisio de Medinilla.»

Esto al decir, asomaba
en su tez color de plomo,
y su mano sobre el pomo
con lúgubre son temblaba.

En vano el embozo cubre
su faz, que el dolor reviste
de palidez honda y triste,
como la vid en Octubre.

Con máscara engañadora,
cubrir el dolor secreto,
es doble dolor, Moreto;
más en secreto se llora.

Presta la luz a la pena
consuelo, aunque baladí;
quien llora dentro de sí
con su llanto se envenena.

Los ojos tiende adelante
casi cegados de miedo,
y ve en el espacio un dedo
que le señala constante.

Vuelve a otros lados la cara,
y ve en uno y otro lado
que se movía el ahorcado
sin que nadie le tocara.

Y una campana en la villa
dobla a muerto sin cesar:
-¡Aquí murió Baltasar
Elisio de Medinilla!

De hinojos, y la cabeza
sobre el pecho doblugada,
pega a la cruz de su espada
los labios, suspira y reza.

Mas cuando a mirar se atreve,
que un punto domina al miedo,
siempre le señala el dedo,
siempre el ahorcado se mueve.

Así le halló la mañana

en actitud silenciosa,
su faz mucho más rugosa,
su cabellera más cana.

Los ojos clava en aquel
papel, que oprime su mano,
y grita: -¡Dios soberano!...
(estaba en blanco el papel).

El page de lanza

Balada IV

I

-¿Por qué te calzas espuelas?

¿porque alzan los centinelas
el rastrillo?

-Porque a lucir la alborada
partir debo, Elvira amada,
del castillo.

-Que Dios te sirva de ejida;
pero me dejas sin vida,
dueño amado.

-Si tú no fueras villana
hiciérale castellana
de buen grado.

-Canta la alondra... te alejas:
un hijo en cambio me dejas
¡corre! ¡corre!

-Le hago merced de una villa,
un caballo, una trabilla,
y una torre.

-En mis entrañas le guardo:
sólo amor para el bastardo
de ti imploro.

-Si tú no fueras villana
hiciérate castellana,
que te adoro.

-Partir déjame contigo.
Velar quiero, dulce amigo,
por tu vida.

-Voy a fiestas y torneos.
¿No me ves estos arreos
de partida?

-Seré tu paje de lanza:
iré del paje a la usanza
tras tu huella.

-Mi escarcela toma, Elvira,
y más por tu nombre mira
de doncella.

-¿Qué es mi nombre? ¿qué es tu oro?
¿la ausencia del bien que adoro
me repara?
No abrigues tal fantasía,
que ya el resplandor del día
nos separa.

-Yo me cortaré el cabello:
dirá una argolla en mi cuello
¡vasallaje!

-¡Villana! ¡de enojo estallo!
corre, pues, tras mi caballo
sé mi paje.

II

Así van por el camino,
como raudo torbellino.
¡Pobre Elvira!

Él, a caballo delante;
ella a pie; ¡y el fiero amante
ni la mira!

Espinoso es el sendero;
mas salva el trotón ligero
los abrojos;
y con su lanza cargado
el pobre paje cansado
cae de hinojos.

-Ve más despacio, amor mío,
que ya terminar no fío
la jornada.

(Y el ginete corre, corre;
y nadie a Elvira socorre...
¡Desdichada!)

-Ya en mi seno ¡pobre niño!
la flor de nuestro cariño
se marchita.
(Tiembla el doncel; y agitado
el corazón, mal su grado
le palpita.)

-¿Ves, Elvira, aquel castillo
de viejo adarve amarillo
y ancho foso?
Cuanto ordenes, sin tardanza
lo hará tu paje de lanza
presuroso.

-Me espera desesperada
allí una mujer amada:
dale aviso.
-Yo coronaré de flores
el lecho de tus amores,
si es preciso.

III

Corre, corre por el prado
el caballo desbocado
como el viento,
y la triste enamorada
detrás va desalentada,
sin aliento.

-¿Ves ese torrente, Elvira,
que entre abismos salta y gira,
rebramando?
Doncel, si al débil protejes,
a la orilla no me dejes
suspirando.

-¡Que siendo tú mi pechera
que te pase caballera
loca trates!
-Amor mío, el dulce seno
llevo de tu sangre lleno
no me mates.

Salta el trotón el abismo,
y Elvira, que hace lo mismo,
en él cae;
duda el señor; corre a asilla;

pero el amor a la orilla
se la trae.

-Por ti he vencido a la muerte:
por ti el amor me hizo fuerte,
dueño caro.

-Empuña, paje, mi lanza,
que la noche nos alcanza
sin amparo.

IV

Prosiguen por la ribera
su diabólica carrera
los amantes;
y para Elvira entre tanto
siglos son de duelo y llanto
los instantes.

-A la ciudad que allí vemos
esta noche legaremos
con ventura.

-Que allí cumplida le espere,
te ruega quien bien le quiere,
virgen pura.

-Me espera justa y torneo,
celebrando de himeneo
los fulgores.

-Si arde su antorcha en tu mano,
dicha te den, castellano,
los amores.

V

Todo el palacio arde en fiestas
de amor hablan las orquestas,
y los ecos;
mas ¿qué tienen esos sonos
que dejan los corazones
como secos?

Ni logra la desposada
una impaciente mirada
de su amado,
que a duras penas contiene
la tristeza que le tiene
dominado.

-¡Lindo paje del castillo
traéis! ¿canta? yo he de oírlo:
cosa cierta.

-De mis tierras es pechero;
mas ni canta, ni yo quiero
que os divierta.

VI

Del palacio en lo remoto
óyese gran alboroto
de criados;
y estos gritos penetrantes
dejan a los circunstantes
demudados:

-«Al paje de D. García
»lo hundió en mortal agonía,
»mano aleve.
»En sangre tinto su lecho,
»clavel parece deshecho
»sobre nieve.»

Y más lejos, apagado
resuena un acento helado
que prosigue:
-Hijo nacido en mal hora,
negra fortuna y traidora
te persigue.

-¿Oís esa voz en calma?
esa voz me llega al alma.
¡Pobre madre!
-Tú que naces, alma pura,
pídele a Dios la ventura
de tu padre.

VII

De suspiros y oraciones
se oye al cruzar los salones
son medroso.
García cruza por ellos,
erizados los cabellos,
horroroso.

Huir acaso querría,
y adentro, adentro le guía
su conciencia,

que allí una mártir muriendo
está, y un ángel naciendo
de inocencia.

-¿Quién de la villana Elvira
compasivo atiende y mira
los dolores?

-Vive: unamos nuestras manos
para el amor no hay villanos,
ni señores.

La casa de todos

Balada V

Del rico a la dura puerta

medroso llamo,
y con desprecio me arrojan,
un solo ochavo.

A la ancha puerta del noble
toca mi mano,
y no me abren, porque visto
pobres harapos.

Del trabajo la morada
dírame amparo;
mas ¡ay! sólo escucho en ella
quejas y llanto.

La mansión de la alegría
busco y no hallo...
¿será un sueño? sus dinteles
nadie ha pasado.

¡Oh dicha! junto a la iglesia
miro allá abajo
cruz tosca, que, siempre anuncia
lugar cristiano.

El mundo entero lo habita;
mas no hay cuidado,
que el mundo en el cementerio
cabe muy ancho.

A D. Germán Hernández, pintor, (pensionado en Roma)

Santa Isabel y Murillo

Balada VI

I

Ya sonaron las campanas

de uno y otro monasterio
en las torres sevillanas:
ya murmuran las galanas
brisas de amor y misterio.

Ya se duermen los dolores
a la luz de las estrellas,
como la oruga en las flores;
y ya salen las doncellas
a sus pláticas de amores.

Es un bálsamo el ambiente:
el vivir dulce solaz:
blanda música la fuente:
delirios toda la mente:
consuelos el alma y paz.

¡Hora de divino encanto,
del edén de Andalucía!
cobijada por tu manto
hínchese de fuego santo
la ardorosa fantasía.

El artista en su paleta
ve fantasmas a millares,
que su mano traza inquieta;
y vuela raudo el poeta
al mundo de los cantares.

II

¡El artista! su amargura
¿quién ha comprendido, quién,
cuando en sueños se figura
a Dios igual en hechura,
y hombre se mira también?

¿Cuando sueña en soberano
ímpetu llegar al cielo,
y tiene y para su mano
el soplo vil de gusano
que le arrastra por el suelo?

III

¡Murillo! el sol que se va
roba a tu mente la luz...
¡Ay! ¿Si por siempre será?
¿Cómo no te inspira ya
aquel que murió en la cruz?

Duerme, duerme, ángel caído
del cielo de los pintores,
a tu flaqueza rendido:
tus plantas han destruido
pincel, paleta y colores.

¡Ay! ¿para qué te servían
si el labio a Santa Isabel
torpes e impuros hacían;
sí -«¡Dios!»- tus labios decían,
y sólo dice -«¡amor!»- él?

No con suave murmullo,
parece, apenas abierto,
cándida rosa en capullo,
que mantiene en el desierto,
brisa de celeste arrullo.

No parece que del alma
exhale el perfume blando,
que todas las penas calma,
ni el dulce son de la palma
junto al cielo suspirando.

Ni fuente de eterno bien,
ni vaso de alba pureza,
ni trasunto del edén;
ni sol que a rayar empieza
en los montes de Belén.

Sí, pobre artista dormido
en brazos del desaliento;
pintar a Dios has querido,
y Dios es sordo al acento

de las pasiones salido.

Esa boca de clavel,
que con orgullo trazó
tu vigoroso pincel,
no es la de la santa, no;
no es la de Santa Isabel.

Esa boca espera un beso
envuelto en quejas y en lloro
para abrirse de embeleso,
para murmurar; -«te adoro...»
-¡Esteban! ¿sonabas eso?

¡Ay! la santa inspiración
ha profanado, Murillo,
tu amoroso corazón:
labio en que brilla tal brillo
arde en liviana pasión.

Aunque el pecho te arrancarás
do esa imagen atesoras,
cayeras cuando volaras;
si a Dios ves tan a las claras
es porque en el mundo adoras.

IV

Pero ¿qué perfume orea
el ambiente silencioso,
como dulce miel hiblea,
como néctar oloroso
en que el alma se recrea?

¿Tiende algún ángel los vuelos
batiendo su flébil ala?
¿rásganse los sacros velos?
¡qué vago murmurio exhala!
¿es música de los cielos?

Huye ante su resplandor
la tiniebla vespertina;
llama parece de amor,
que blandamente ilumina
pinceles, cuadro y pintor.

La fimbria de su ropaje
son nubes arreboladas,

flor entre rico follaje;
macilentas sus miradas
como sol entre celaje.

Al pobre artista caído
del sol de la inspiración,
mira con rostro afligido:
-¡Esteban! sigue dormido:
no ahuyentes a la visión.

Ya se acerca... ya se fue...
piérdese a la vista incierta...
se para del lienzo al pie...
-¡Despierta, Bartolomé!
¡despierta por Dios! ¡despierta!

El lienzo su labio toca
y la pintura abrillanta
el resplandor de su boca;
la mente confunde loca
a la visión y la santa.

Como a la rosa la abeja
se separa o se avecina,
al lienzo corre y se aleja,
y de su boca divina
el fiel traslado le deja.

Despierta ya, ángel caído
del sol de la fantasía;
fuego a tu cuadro ha traído
sola en el cielo encendido
la misma reina de Hungría.

Humo

Balada VII

La vie est un combat dont la palme est aux cieux.
CASIMIRO DELAVIGNE.

Cabe la cuna del niño
voz dulce y casta resuena,
como un beso.

Voz de maternal cariño,
aunque niño, ya le llena
de embeleso.

Aura que las flores riza,
de sus labios se desliza
risa blanda;
y con sus ebúrneos brazos
mil besos y mil abrazos
a la dulce voz demanda.

Un ¡ay! resuena en torno, que su razón conmueve.
¡del niño los abrazos disipan humo leve!
del huérfano las lágrimas no enjuga nadie ya.

Aquel humo
¿adónde va?

Quince abriles. Todo flores,
aromas, luz y rüido:
¡cuánta, cuánta
sirena hermosa de amores,
que sin cesar a su oído
así canta!
-«Ven: yo soy fuente escondida,
»y dan y sorben la vida
»mis corrientes.
»Ven a gustar sin medida
»la más sabrosa bebida
»que manan todas las fuentes.»

En pos de la sirena su pie ligero mueve:
¡del joven los abrazos disipan humo leve!
El mundo y la sirena son yermo y humo ya,

Aquel humo
¿adónde va?

En sus sienes arrugadas,
ayer espiga de oro,
se ven luego
las cenizas, apagadas
acaso con triste lloro,
de aquel fuego.
¡Un corazón, una mano
ménagüenle el peso tirano
del destino!

Los vislumbra en lontananza,
y tras su amigo se lanza,
como raudo torbellino.

Medroso se adelanta, al ídolo se atreve:
¡del hombre los abrazos disipan humo leve!
¡también como sus sueños es humo la amistad!

Aquel humo
¿adónde va?

Yerto su pecho palpita,
que apenas es del sentido
tronco inerte,
su cuerpo se precipita
por el alma retenido
a la muerte.

Rasgan sus pies los abrojos;
el llanto ciega sus ojos;
tiene frío;
no hay para sus ayes eco
tronco carcomido y seco
cae al fin en el vacío.

Sólo la tumba lóbrega a su dolor se mueve;
pero también sus antros exhalan humo leve.
-El alma del anciano. -¿Es humo? ¿Qué será?

Aquel humo
¿adónde irá?

El juglar

Balada VIII

... des premiers trovadours du moyen âge; de
ces rapsodes chrétiens, qui n'avaient au monde que leur épée et leur guitare, et s'en allaient
de château en château, payant l'hospitalité avec des chants.
VICTOR HUGO.

EL JUGLAR

Yo soy el pobre bardo peregrino,
que vengo a divertir a los señores:
sentadme al fuego y escanciadme vino.

-¿Queréis cantos de guerras o de amores?

EL SEÑOR

Limpiadle el polvo, pajes;
traedle ricos trajes;
sentadle a nuestra mesa;
colmadle el plato de esa
carne de ciervo asada.

LA CASTELLANA

Cántanos, trovador, una balada.

EL JUGLAR

Del Rhin y de sus plácidas riberas
cantar en mi laúd sé las sencillas
historias que en las noches placenteras
niños y viejos gozan en oíllas.
De duendes, trasgos, brujas y quimeras
yo te diré, señora, maravillas,
o dulces cuentos de amorosos males,
que placen más a damas principales.

EL SEÑOR

Soldado soy. Del batallar contino
cántanos, de la guerra y sus horrores.

EL JUGLAR

Mandad. Yo soy el bardo peregrino,
que vengo a divertir a los señores.
-Yo cantaré como el tercer Fernando
ardiendo en ira que le gana el cielo
entra a cuchillo el agareno bando,
y el Betis puebla de terror y duelo.
Yo cantaré, señor, el cómo y cuándo,
el santo rey en su cristiano anhelo
clavó la cruz del Cristo sin mancilla
en las torres de Córdoba y Sevilla.

EL SEÑOR

Pajes, su lira empolvada
traed al pobre juglar;
dadle la copa colmada...
-y desceñidme la espada,
no me encienda su cantar.

LA CASTELLANA

Nací mujer. -Amar es mi destino:
cántanos, trovador, trovas de amores.

EL JUGLAR

Mandad. Yo soy el bardo peregrino,

que vengo a divertir a los señores.
-Acaso, noble dueña, de Macías
los dulces cantos guarda tu memoria;
él fue mi amigo, que murió en mis días.
¿Quieres saber su lamentable historia?

LA CASTELLANA

Pajes, traed prontamente
el alhamí recamado
para reclinar mi frente.

-Cuentan que murió inocente.

EL JUGLAR

Murió por enamorado.

EL SEÑOR

Cantos de guerra por tu vida quiero:
canta romances de los moros, canta,
o por quien soy, cristiano y caballero,
que ahogo la canción en tu garganta.

LA CASTELLANA

Entre estos muros que a prisión trascienden,
paso, señor, mi vida: tú, en las lides;
¿por qué trovas de amor tanto te ofenden?

EL SEÑOR

¿Por qué trovas de amor tanto le pides?

-Canta guerras, juglar, que pierdo el tino.

LA CASTELLANA

(¡Ay de mí, ni cantados oigo amores!)

EL JUGLAR

Mandad. Yo soy el bardo peregrino,
que vengo a divertir a los señores.

Gócense castellana y castellano,
en dulces trovas de su patria y mía,
do la bravura lleva por la mano
al amor, a la fe y a la hidalguía.

Todo es aquí divino y todo humano;
el pueblo héroe y galán es a porfía...

¡Oh! para historias de bravura y gala,
España de mi amor, nadie te iguala.

(Cantando.)

«¿Dónde hay pueblo como España,
»ni guerras como sus guerras,
»ni nobles como sus nobles,
»ni bellas como sus bellas?

»España ¡España! no tienes par;
»Dios no lo quiso por dicha hacer.
»¿Quién ha podido nunca igualar
»tu gentileza ni tu poder?

«Aquí es de ver
»tanto lidiar,
»tanto vencer,
»tanto rondar,
»tanto querer:
»como sabemos amar
»sabemos aborrecer,
»y matar,
»y caer.»
»España ¡España! no tienes par:
»Dios no lo quiso por dicha hacer.»

LA CASTELLANA

Cantar sencillo,
que me entenece.

EL SEÑOR

Toma un bolsillo.

LA CASTELLANA

Bien lo merece.

EL JUGLAR

A tus pajes el oro da mezquino,
que el pie te besarán como lo dores.
-Yo soy el pobre bardo peregrino,
que vengo a divertir a los señores.
Canto, porque cantar es mi destino;
¿no nacen a cantar los ruseñores,
las auras, el arroyo cristalino,
y en su lengua los brutos y las flores?...
Mas en púrpura el cielo se colora.
¡Adiós!

EL SEÑOR

¿Ya partes?

EL JUGLAR

A cantar la aurora.

Reconvenciones

Balada IX

Sentada en la ribera

la niña llora
desdenes del ingrato
que la enamora;
y un pajarillo
la dice en melodioso

canto sencillo:

-«Más lágrimas no viertas
»por el perjuo,
»que del arroyo enturbian
»el cristal puro,
»y Dios se queja
»porque el azul del cielo
»ya no refleja.»

Y otra vez enturbiando
del agua el brillo,
dijo la triste joven
al pajarillo:
-«¡Ave del alma!
»Recobrarán las ondas
»pronto su calma;

»Que la noche el silencio
»turba si llora,
»y más pura y brillante
»sale la aurora,
»rica de perlas,
»que pájaros y brisas
»ansian beberlas.

»Y si turba el rocío
»la flor lozana
»más belleza recobra
»por la mañana,
»cuando en desmayo
»quiebra el sol en sus hojas
»su amante rayo.

»¡Ay! tú que a mis amores
»testigo fuiste,
»¿por qué al pérfido amante
»no le dijiste:
»¡Turbas su alma,
y esa ya no recobra
«nunca la calma!»

A D. Antonio Arnao

El bautismo

Balada X

En el fondo una ciudad romana, bulliciosa como en día de fiesta. -Ruinas magestuosas bañadas por un río. -A la orilla, en una fragosidad, una gruta, a cuya puerta se ve un patriarca de luengas canas, arrodillado tristemente. -Por detrás de las ruinas serpentea una magnífica vía o camino real, por donde salen y entran en la ciudad los gentiles, ora soldados, ora esclavos, ora labradores, ora doncellas. -Empieza a amanecer.

Los CRISTIANOS, saliendo en procesión de las ruinas, precedidos del NEÓFITO, con palmas en las manos.

De tu mortal levadura

del pecado de Satán,
purifícate, criatura,
en las aguas del Jordán.
Para vencer en el rudo
combate que aquí te espera
sólo puede ser tu escudo
la religión verdadera.

CORO DE SOLDADOS, dentro de la ciudad.

Ya se abrió el templo de Jano:
Marte el clarín toca ya;
al Capitolio romano,
¿quién en triunfo subirá?

EL PATRIARCA, en éxtasis.

Tu trono se desploma,
¡oh déspota perverso!
¡Oh Roma!

CORO DE LABRADORES, entrando en la ciudad.

¡Gloria a Roma,
al sol del universo!

LOS CRISTIANOS

Allí es la santa morada
del piadoso cenobita,
por sus manos socavada
bajo la ciudad maldita.
Ése es nuestro templo, hollado
por un pueblo envilecido;
pueblo que será humillado,
cuando el templo engrandecido.

EL NEÓFITO, adelantándose a sus compañeros en dirección a la gruta.

Tú, que habitas entre rocas,
lejos del mundano afán
y sus vanidades locas,
ven, condúceme al Jordán.

Patriarca solitario
que entre silicios y abrojos
riegas la flor del Calvario
con la sangre de tus ojos;
tú, que pasas noche y día
en cristiana adoración,
purifica el alma mía
con agua de redención.

Llévame a beberla: ven;
sediento mi labio está.

CORO DE DONCELLAS, dentro de la ciudad.

Al templo de Venus ¿quién
no vendrá? ¿quién no vendrá?

EL PATRIARCA

Tu mano ¡oh Dios! resplandece
que trueca en blasón la cruz.

Allí noche, aquí amanece...
de nuevo caos, nueva luz.

(Le abraza y da el ósculo de paz.)

El martirio ¿no te espanta?
¿no temes la muerte, hermano?

LOS CRISTIANOS

Con el hierro a la garganta,
adora a Dios el cristiano.

EL PATRIARCA

Cristiano s piden las fieras;
¿no te asustan sus rugidos?

LOS CRISTIANOS

En vano probar esperas
la fe de los elegidos.

EL PATRIARCA

(Elevando los brazos al cielo.)

¿Qué fuego divino es
el que nos abrasa así?

¿Es el que abrasó a Moisés
en el monte Sinaí?

Lozano y fragante lirio
abierto al sol en Belén
tu corona de martirio
sea la nuestra también.

Aunque su cuchilla infame
Roma afila sin cesar,
nunca impide que te ame
el alma que sabe amar.

CORO DE DONCELLAS, en la ciudad.

La vida es el placer;
el alma es una flor

que gozase en beber
las auras del amor.

EL PATRIARCA

Roma, el vicio, que es tu encanto
pudre esa flor en tu suelo;
con nosotros mora el llanto
que abre las puertas del cielo.
Triunfos vanos, vanagloria,
para tu sien, viles palmas...
para nosotros la gloria
de regenerar las almas.
¿Cómo solazarte puedes
en ese impuro festín,
cuando brilla en las paredes
mañana será tu fin?
Todos los vicios pasaron
por tus mejillas enjutas,
y los surcos te dejaron
de las torpes prostitutas.
Más vil que Sodoma eres,
que ves a tu emperador
usurpar a las mujeres
de los hombres el amor.

LOS CRISTIANOS

Tu trono se desploma,
¡oh déspota perverso!
¡Oh Roma!

CORO DE GENTILES, a lo lejos.

¡Gloria, a Roma
al sol del universo!

EL PATRIARCA

En vano afirmarse quiere
en sus ejes inseguros:
Roma con sus vicios muere:
nosotros nacemos puros.
Desde que Dios en Judea
tuvo un pesebre por solio,
vacila y se bambolea
el altivo Capitolio.
Gentes feroces, del Rhin
intentan romper la valla,
y ábreles camino al fin
la mano de Caracalla.
Ellas traen un bautismo
de sangre a este cuerpo inmundo
nosotros... el cristianismo
que da un alma nueva al mundo.

(Suena en las ruinas la campana bautismal.)

LOS CRISTIANOS

De tu mortal levadura,
del pecado de Satán,
purificate, criatura,
en las aguas del Jordán.

(Van bajando al río precedidos del PATRIARCA.)

EL PATRIARCA

Ondas del sagrado río
que el mismo Dios consagró,
lavad al hermano mío
del pecado que heredó.

(Al Catecúmeno.)

El rostro vuelvo a Occidente
adonde el Tíber murmura
allí noche solamente,
tiniebla de horror impura.

EL NEÓFITO, vuelto a Occidente.

Yo abjuro del mundo vano
pompa y poder infecundo
por el nombre de cristiano
trocara el cetro del mundo.

EL PATRIARCA

Los ojos a Oriente lanza,
en donde brilla la cruz,
símbolo de tu alianza
con el sol de toda luz.

EL NEÓFITO, vuelto a Oriente.

Pues haces de noche umbría
el alba que perlas llora,
Señor, haz del alma mía una
purísima aurora.

CORO DE CRISTIANOS

Ya se alza el estandarte
donde la cruz campea.

CORO DE SOLDADOS

Romanos ¡gloria a Marte!

CORO DE DONCELLAS

A Venus Citerea.

EL PATRIARCA, estendiendo las manos sobre las aguas.

En el sacrosanto nombre
del Dios que aman los cristianos,
te convierten para el hombre
en fuente del bien mis manos.

(Hace la señal de la cruz.)

Baña en fuego, baila en luz
a aquel que en tus ondas dejo,

por la señal de la cruz
que se retrata en tu espejo.
(Los cristianos suspenden al NEÓFITO sobre las aguas.)

Sumergidle, hermanos míos,
tres veces: la Trinidad
dele sus tres dones píos:
fe, esperanza y caridad.
Fe, escudo de la razón;
esperanza, luz bendita,
que abrase su corazón,
y en deseos lo derrita;
caridad, capullo tierno
que toda virtud encierra;
por caridad, el Eterno
dio al hombre cielos y tierra.
La fe alumbre su destino;
la esperanza le sonría;
la caridad el camino
le enseñe que al cielo guía.
Dadme la túnica blanca
para cubrir su inocencia,
que al reino del mal arranca
la bendita penitencia.

(Le ciñe la túnica.)

Hermano, ya eres cristiano;
El martirio no te espante.

EL NEÓFITO

Para ser de Dios hermano,
¿es el martirio bastante?

EL PATRIARCA

Los dolores que aquí esperas
laureles eternos son.

SOLDADOS GENTILES, apareciendo de repente.

¡Cristianos!... ¡hola! a las fieras,
que hay en el circo función.

(Maniátanlos, béfanlos, y se dirigen al circo por la vía, cantando unos y otros, LOS GENTILES con algazara, LOS CRISTIANOS, con mística dulzura:)

LOS SOLDADOS

Ya rugen los leones
de hambre y de placer.

LOS CRISTIANOS

Alzad los corazones
a Dios que nos dio el ser.

No miréis a la novia

Balada XI

¿Veis aquel grupo lijero,
que como vago fantasma
en alas del invisible
viento, atraviesa la plaza?
Es Ana y Antón su novio;
Ana y Antón, que se casan
delante del padre cura
como el catecismo manda...
Mas no miréis a la novia,
que se pone colorada.

¿Veis que llegan a la iglesia,
y que a la puerta se paran,
y con misterio les abren,
porque con misterio llaman?
Yo soy también convidado:
entrad conmigo, muchachas,
y callandito atisbemos,
que ha de haber materia larga...
Mas no miréis a la novia,
que se pone colorada.

¡Qué tieso viene el padrino!
y la madrina ¡qué maja!
¡De gala también el cura!
los convidados de gala,
¡y hasta el sacristán se ha puesto
su bonete y su sotana!
¿Y los novios?,... ¡ay! ¡qué tristes!
casi parecen estatuas...
Mas no miréis a la novia,
que se pone colorada.

Ya el padrino y la madrina
se ponen... vamos, en facha,
los novios se dan las manos,
y los convidados callan.
Ya abre el libro el padre cura,
y el sacristán se prepara
a ponernos con su hisopo
como de ropa de pascua...

Mas no miréis a la novia
que se pone colorada.

Ya empieza... -«In nomine Domini.
»Virgo...»- ¡No os riáis, muchachas!
que yo os lo iré traduciendo
en la lengua castellana.
Dice... -¡Antón baja los ojos!
Dice...- ¡ella también los baja!
Dice que... -Sois la más pícara,
la más pícara canalla...
¿por qué miráis a la novia,
que sé pone colorada?

Prosigue el latín. Dejadme
escuchar. -«Ana, oye, Ana,
»yo te caso con Antón
»para aumento de tu raza...»-
¡Muchachas! ¿queréis callaros?
¡qué cuchicheos! ¡caramba!
»Crescite et multiplicamini...
¿Queréis callaros, muchachas,
y no mirar a la novia,
que se pone colorada?

¡Chist! ya empieza lo más bueno:
no la miréis... no miradla.
El cura dice: -«Ana, eres
»de Antón, tu marido, esclava.»-
¡Y Ana le mira... y se ríe!
¡qué bueno es lo que se calla!
un -nones- mondo y lirondo:
un -nones- como una casa...
Mas no miréis a la novia,
que se pone colorada

Ya el cura dice el responso...
no, la postrera palabra;
y Antón ya se da por muerto...
muerto me encuentre en su cama.
La niña sale del susto,
y los padrinos la abrazan,
y Antón la coje... la coje
por estrechar las distancias...
Mas no mires a la novia,
que se pone colorada.

¡Cómo corren, cómo corren,
que se retiran a casa!
Antón vuela como un pájaro;
la niña... como una pájara.
Pero los pobres padrinos,
que son ya viejos, se cansan,
y solitos los casados
adelantan... adelantan...
Mas no miréis a la novia,
que se pone colorada.

Ya sonó el último brindis:
ya son las doce muy dadas:
ya los viejos se hacen señas:
ya se ríen las muchachas:
ya las madres dan consejos:
ya cierra los ojos Ana:
ya los abre su marido...
-y ya mi cuento se acaba,
porque el cuarto queda oscuro,
y nadie sabe si Ana...
palidece o reverdece,
o se pone colorada.

¡Pan!

Balada XII

Señores que en el banquete

a los perros arrojáis
el pan como vil juguete;
¿no miráis
temblar la estendida mano
de ese anciano
que os pide muerto de afán:
¡pan! ¡pan! ¡pan!?

Damas que en nada hay quien tilde,
y el pan bendito rehusáis
por ser un manjar humilde;
¿no miráis
a esos miles de mujeres
¡tristes seres!
que acaso a venderse van
por un pan?

Niños, niños, dulces prendas,
que en migas desmenuzáis
el pan de vuestras meriendas
¿no escucháis
a esos niños tan hermosos,
que llorosos
pidiéndooos sin tregua están:
¡pan! ¡pan! ¡pan!

Decid, labriegos sencillos,
que de la choza ahuyentáis
a los tiernos pajarillos;
¿no pensáis
que ese grano, que esa espiga,
que esa miga
de pan, que buscando van,
es su pan?

¡Mundo ciego, que no sabes
que lo que dejas perder
hombres puede, y niños y aves,
mantener!
reciban pan tus hermanos
de tus manos
que las de Dios te darán
mejor pan.

Loco de amor

Balada XIII

mi puerta no tiene casa;
-pero yo a todas las horas
entro y salgo con mi amada.

Mi casa no tiene puerta,

Mi lecho no tiene alcoba,
mi alcoba no tiene lecho;
-pero nosotros en ella
perfectamente cabemos.

Soñamos y no dormimos,
dormimos y no soñamos,
-pero soñando, o durmiendo,

siempre estamos abrazados.

No hay noches en nuestros días,
en nuestros días no hay noches;
-pero nuestro amor sin alas
en alas del tiempo corre.

A D. Francisco M. Tubino

Flor trasplantada

Balada XIV

... esto lo ha de decir el que fase hestorias de tiempos malos.....
Crónica del siglo XV.

Un pobre niño extranjero

por las calles de Triana
iba pidiendo limosna
al dulce son de su arpa;
y la gente le decía:
-«¡Qué mal que cantas!
¡Ay! ¡en mal hora
flor trasplantada!
¡siglo maldito!
¡siglo sin alma,
que no respeta
ni la desgracia!

Era un Enero muy frío;
el Guadalquivir se helaba;
y el cantador tiritando
hería apenas el arpa.
Limosna pido, y contestan:
-«Ve noramala.»
¡Ay! sí, en mal hora,
flor trasplantada!
¡siglo maldito!
¡siglo sin alma,
que no respeta
ni la desgracia!

Por dar a su pecho alivio,

y desahogo a sus ansias,
el niño torna a su canto
en trémula voz helada:
¡Ay, no es voz, es un suspiro
que parte el alma!
-Flor, que en mal hora
fue trasplantada
desde pensiles
a tierra ingrata,
solo a los vientos
su aroma exhala.

»Verdes orillas del Rhin,
»¡dulce patria! ¡dulce patria!
»la de las rubias doncellas,
»la de las tiernas baladas,
»¡sí yo volara a tus brazos...!
»¡no tengo alas!
»¡Ay! ¡en mal hora
flor trasplantada!
»¡siglo maldito!
»¡siglo sin alma,
»que así envenenas
»mi triste infancia!

»A España tendí mis ojos,
»porque adoro yo a la España,
»con sus iglesias benditas,
»con sus canciones galanas
»y España, la caballera,
»¡cómo me trata!
»¡Ay en mal hora
»flor trasplantada!
»¡siglo maldito,
»siglo sin alma,
»que así envenenas
»mi triste infancia!

»La multitud me apedrea;
»arrójanme de las casas;
»¡ni pan siquiera me dieron
»para mojarlo con lágrimas!
»¡Cristianos son, y se burlan
»de la desgracia!
»¡Ay! ¡en mal hora
»flor trasplantada!
»¡siglo maldito,

»siglo sin alma,
»que así envenenas
»mi triste infancia!

»Muero de hambre y de frío,
»lejos de ti, dulce patria,
»sin el beso de mi madre,
»sin su postrera mirada.
»¡Ay! quizás en mi se ceben
»buitres y águilas...
»¡Ay, en mal hora
»flor trasplantada,
»que de su vida
»muere en el alba,
»sin que la agoste
»sol de su patria!

»Vuelva a ti mi pensamiento,
»vuelva a mi madre mi alma
»como el eco torna al valle
»volando sobre las auras.
»¡Así pudiera conmigo
»llevar mi arpa...!
(Le insulta el pueblo
y el niño acaba:)
-»¡siglo maldito,
»siglo sin alma,
»que hasta la muerte,
»¡ay! acibaras!»

Vio poco después Sevilla
en su barrio de Triana,
el caso más lastimero
que nunca se vio en España.
¡Un niño, muerto... de hambre...
sobre la escarcha...!
¡Ay, en mal hora
flor trasplantada,
que de su vida
muere en el alba,
sin que la agoste
sol de su patria!

Pasan inviernos y otoños,
tempestades y bonanzas,
y el arpa nunca se pudre
sobre la tumba clavada;

y canta, cuando en sus cuerdas
suspira el aura:
-«Aquí no hay flores,
»que solo hay lágrimas.
»¡Ay de la triste
»que vino a España
»a ver el colmo
»de sus desgracias!»

El copo de nieve

Balada XV

Subiré a la montaña

do entre la yerba,
la nieve del invierno
aún se conserva.
Cojerla quiero,
para acordarme en Mayo
de que hay Enero.

Susurrando y lijera
cual aura leve,
cogió la niña el último
copo de nieve.
¡Cosas de niña!
antojos infantiles,
¿quién no la envidia?

Como en su virgen seno
brilla su alma,
brilla dentro del vaso
la nieve blanca.
Nadie dijera
cuál es más blanca nieve,
la nieve o ella.

Un galán caminante
triste y cansado,
reposa bajo un olmo
del verde prado.
Cuándo se cruzan,
él la mira con ojos
que la deslumbran.

-Buenos días, zagala.
-Salud, mancebo.
-¡Ay qué sed me devora!
-Agua no llevo;
 pero en la aldea
baila con mil amores,
y pura y fresca.

-Si yo fuera contigo,
di, ¿volvería?
(La niña ya se pone
coloradita,
 y mal su grado
bajo el cendal descubre
su limpio vaso).

-Como el fuego de amores
la dicha fragua,
del sol el fuego trueca
la nieve en agua.
 Dame tu copa,
que más que el sol de Junio
arde mi boca.

 Casi vertiendo lágrimas
la niña cede
y ve que se derrite
su blanca nieve.
 ¡Ay de los ayes
que en el pecho se ahogan
del pobre ángel!

 ¡Qué turbio quedó el vaso,
tan puro y limpio!
subir a la montaña
de nuevo quiso...
 Subieron juntos,
y en la fuente lavaron
el vaso turbio.

 Pero ya de la niña
no ven los ojos
aquella blanca nieve
de sus antojos;
 ni el vaso queda,
aunque lo lava y lava
como antes era.

Barrieron ya la cima
cierzos de estío,
el cristal empañado
parece vidrio.

La desdichada
pasa días y noches
lava que lava.

Y dice que la boca
de aquel ingrato
soló puede su brillo
volverle al vaso...

¡Ay niña triste!
es la esperanza nieve
que se derrite.

A la hora de los sueños

Balada XVI

Aprieta el trotón el paso

al llegar al cementerio,
grazna la corneja triste,
ahúlla medroso el perro,
la luna se envuelve en nubes,
y hace la cruz el viajero;
que es un crimen en los vivos
el despertar a los muertos.

La campana soñolienta
da la hora de los sueños,
bajan sobre las tumbas
las almas que van al cielo.
¡Ay del indiscreto amante!
¡Ay del amante indiscreto!
que los muertos no perdonan
a quien despierta a los muertos

¿Por qué el amor es tan santo,
audaz y profano siendo?
¿Por qué el enlutado amante
penetra en el cementerio?
-«¡Ay! porque -aquí yace Laura-
»en aquella tumba leo,

»y no es crimen en los vivos
»el adorar a los muertos.»

A D. Antonio de Trueba

Perico el ciego

Balada XVII

Cantan los ciegos,

¡y lloramos nosotros
que la luz vemos!
TRUEBA.- El libro de los cantares.

I

Las gentes degeneradas

ya solo gustan de oír
historias desaliñadas,
o coplas desvergonzadas,
que en burlas hagan reír.

Cuentecillos de ladrones
y de mujeres perdidas;
romances y relaciones;
y las antiguas canciones
de nadie son oídas.

Y en vano el ciego se agarra
a su podrida guitarra,
y tañendo y punteando,
manos y voz se desgarran,
a todas horas cantando.

Buen patricio a su manera,
cantor de la hispana gloria,
le aflige y le desespera
que el pueblo olvide su historia,
y recordarla no quiera.

Nada moderno le agrada;
y habla y oye con desdén
a esta gente degradada,
que no le pregunta nada

del dos de Mayo y Bailén.

¡Pobre ciego! ¡Pobre Homero
de Cides y de Bernardos!
es español verdadero
y canta a españoles; pero,...
¡qué españoles tan bastardos!

Las blancas noches de estío,
cuando el pueblo vive y goza,
baja al Prado, baja al río,
y al pobre ciego, ¡Dios mío!
desdeña la gente moza.

Y en corro férvido y grato
rompiendo el aplauso apenas,
oye a otro ciego insensato
el vergonzoso relato
de mil historias obscenas.

Y más Perico se agarra
a su podrida guitarra,
y su perro fiel ahúlla,
y aunque su voz se desgarrar
¡ay! la confunde la bulla.

Y al fin el sueño le agobia
sin tocar su seca mano
el busto de un rey cristiano,
que le diga en castellano:
-Hijo soy yo de Segovia.

-Y juntos el perro y él
a su bohardilla se van,
a partir, con mano fiel
negros mendrugos de pan,
más negros que su mantel.

II

El hambre es mal consejero
del hombre desesperado;
por culpa de Don Dinero
se hace ladrón el honrado
y villano el caballero.

Pero el de buen corazón
que firme virtud esmalta,

no sabe hacerse ladrón,
y busca lo que le falta
en la santa religión.

Por las calles de la villa
camina Perico a tientas,
con su perro y su varilla,
y es triste el color que brilla
en sus facciones hambrientas.

Llega a un pórtico elevado,
lleno de placer inmenso
el ciego desventurado,
que busca un templo sagrado,
y olor hay allí de incienso.

Con sus zapatos de plata,
y su manto de escarlata
allí está Santa Cecilia,
a quien adora y acata
la trovadora familia.

Perico también la adora,
y en sus tristezas mayores
su ayuda eficaz implora,
como a santa protectora
de músicos y cantares.

Al punto a su fiel guitarra
entusiasmado se agarra,
y canta, puesto de hinojos,
con voz que el dolor desgarrar
y lágrimas en los ojos:

Madre amorosa del cantor doliente,
tú que sostienes su inspirado vuelo,
y el himno humilde que su labio exhala
llevas al cielo;

Dame siquiera que a tus pies espire
blanda armonía para ti exhalando,
y ya que el ciego sin ventura muera,
muera cantando.

Ve que el vivir en tan aciagos días,
es a mis hombros insufrible carga,
que ya el dolor en odio se convierte

y en hiel amarga.

El pueblo imbécil de su Dios se olvida,
y tiene el nombre de su patria en poco,
y de sus padres el honor desdeña,
mísero y loco.

Yo le perdono su desden impío:
a él su desdicha como a mí me abona.
¡Cantar! ¡cantar en tan menguados días
santa patrona!

¿Altars ves? al oro se levantan;
¿Amores, ves? el oro es su tesoro;
¡el oro es Dios! ¡es alma! ¿quién supiera
cantar al oro?

A la par que el ciego canta
en los labios de la santa
se dibuja una sonrisa,
leve espuma que levanta
sobre las olas la brisa.

Y cuando en su horror del oro
llanto de fe y arrebató
mezclaba al cantar sonoro
hízole la santa el coro,
arrojándole... un zapato.

¡Oh venturoso Perico!
¡oh cantador sin igual!
¡bien haya tu dulce pico!
ya por un don celestial,
pobre Perico, eres rico.

III

En el siglo diez y nueve
nadie a tener fe se atreve,
y no hay quien milagros crea...
¡Cómo! ¡una santa se mueve!
inverosímil idea.

¡Y su zapato de plata
arroja desde el altar,
en pago a una serenata...!
¿quién ha podido inventar
tan risible patarata?

-¡Alguacil! mete al inmundo
sacrílego autor del robo
en calabozo profundo.
Eso es burlarse del mundo...
¡ni que el mundo fuera bobo!

IV

Un cadalso se levanta
en la puerta de Toledo;
allí el ladrón de la santa
ejemplo va a dar y miedo,
muriendo por la garganta.

Toda la Ronda está llena,
que siempre a Madrid le plugo,
villa ilustre, honrada y buena,
una función de verdugo
tanto como una verbena.

Y no pondré yo mancilla
por eso en la heroica villa:
sus tradiciones respeta:
donde tiene el rey su silla
no hay ladrones... de chaqueta.

En toscó sayo enfundado,
besando al Crucificado,
va caballero Perico
sobre un humilde borrico
con un religioso al lado.

-Hermanos, ¡muero inocente!
grita a la apiñada gente;-
y todos responden: -¡calla!-
y a poco un motín estalla
contra el ladrón impudente.

Un herege, alma sin par,
la rienda traba al borrico,
y así se atreve a esclamar:
-¿Qué hace la santa, Perico,
que no te viene a salvar?

Al cielo su faz levanta
Perico, y en su garganta
seca, resonó esta frase:

-Si la santa declarase...
-Pues que declare la santa.

Y ya no pudo seguir
el fraile su santa homilía,
que empezó el tumulto a hervir,
y todo el pueblo a decir:
-Declare Santa Cecilia.

Cogen del áspera rienda
al afrentoso animal,
y antes que el juez lo defienda
arrastran al criminal
a la iglesia reverenda.

V

El pobre ciego se agarra
a su podrida guitarra,
y canta, puesto de hinojos,
con voz que el dolor desgarrar,
y lágrimas en los ojos:

Sublime protectora
de la familia
de cantores y músicos,
Santa Cecilia
Desde tu trono glorioso,
habla por mí,
que en un cadalso afrentoso
muero por ti.

El populacho insensato
lo escuchaba con desden,
que se convirtió en recato,
al ver que el otro zapato
la santa le dio también.

No faltando ¡voto a bríos!
quien dijera en tono grave
por no confesar que hay Dios:
-Es que la santa no sabe
que son de plata los dos.

Ritja

Balada XVIII

I

Como el águila del Líbano

se vuelve Ritja a su kan.
Sangrienta fue la pelea:
su dueño sangre chorrea...

 Allá van,
 allá van,
raudos como el huracán.

Suelta el árabe su cántico,
ronco y ahogado en dolor:
«-Corre, Ritja; corre, vuela,
»que el tigre está en centinela,
 »y aun veo yo,
 »aún veo yo
»las palmas de Jericó.»

En su garganta de ébano
sepúltase un yatagán.
Cayó el beduino bramando;
para Ritja, y relinchando,
 ¡qué animal!
 ¡qué animal!,
lame la herida fatal.

II

Sobre la escueta duna
así habla el prisionero
 con la luna:
-«Casta madre, ya que muero,
»que a Ritja vuelvan a ver
»mis hijos y mi mujer.
 »Que los vientos
 »de mi patria
 »con sus crines
 »jugueteen.
 »Que repitan
 »sus confines
 »el relincho
 »que ella dé.

«Queda sin mí viuda mi mujer:
»sin Ritja, ¿de mis hijos qué va a ser?
 »¡Es un águila sin plumas

»el árabe sin corcel!«

En la cresta de la duna
dos negros ojos brillaron
a la luna;
hondos quejidos sonaron,
y un relincho que debió
escucharse en Jericó.

Y el herido
sin ventura
murmuraba
con dolor:
«Ritja mía,
»¿cuándo esclava
»he creído
»verte yo?

»Vida perder no siento y libertad
»que perdiéndote a ti, pierdo yo más.
»¡Antes de morir, me falta
»de alma y vida la mitad»

III

Arrastrando va el herido
sobre la arena abrasada,
cual ave enferma a su nido,
que ver a su yegua amada
la vez postrera ha querido.

Verla por última vez
a la luna del desierto,
llorar su triste viudez,
su dueño cautivo y muerto,
su ya perdida altivez.

-«Ritja, Ritja, amada mía,
»asombro de Alejandría,
»sol de mis montañas verdes,
»¿no te dice mi agonía,
»¡ay! que te pierdo y me pierdes?

»Mi amor... y mis penas ya,
»que estas manos no te ensillen
»por nuestro mal, quiere Alá;
»qué te ultrajen y te humillen
»los caballos de un pachá.

»En sus patios confundida
»fama perderás y brios,
»ya que no pierdas la vida...
»¿dónde serás tan querida
»como te quieren los míos?

»No te darán las doncellas
ya la leche de camellas
»con su mano torneada,
»ni mis hijuelos con ellas
»el puñado de cebada.

»Ya tu ancha cola de espumas
»el huracán del desierto
»no hinchará, como las plumas
»del águila que entre brumas
»se cierne sobre el Mar Muerto.

»Tus callos no arrancarán
»de las egipcias arenas
»chispas, como de un volcán,
»ni en las corrientes serenas
»te bañarás del Jordán.

»Tú, tan heroica y valiente,
»que al rugido del león
«piáfas tranquilamente;
»tú, que de un salto el torrente
»atraviesas del Cedrón;

»En el Djerid la primavera,
»sin igual en la carrera,
»rauda al trote, blanda al giro,
»la yegua más caballera
»que hay desde Sálem a Tiro;

»¡Ritja, tú agena! ¡tú esclava!
»¡el huracán en cadenas!
»No, por Alá, Ritja brava.»
(Y con esto, a duras penas
rompió el árabe la traba.)

-«Vuelve el desierto a cruzar:
»ve al kan, y a mis hijos di
»en tu lengua singular,
»que no me pude salvar,
»pero que te salvo a ti.»

IV

Sin sentido
el herido
postrado en tierra cayó.
¡Pobre Ritja!
le miró...
le lamió...
De sus ojos
en lo oscuro,
¿quién el fuego comprende que brilló?

Cuando el alba
sonreía
por Sálem,
por do un día
riyó el alba del mundo también,
la cristiana
caravana
parábase en el desierto,
de asombro muda y terror,
mientras el dragomán experto
así dice en su interior:

-«¿A dónde va aquel caballo?
»La tierra que apenas toca,
»retiembla bajo su callo.
»¡Y lleva un hombre en la boca!

-»Nunca el desierto, corcel
»cruzó mas a la ligera.
»Ni la corza de Betel
»le aventaja en la carrera.

»Pacto tendrá con Alá
»el hombre que le posea.
»Ni se ha visto ni verá
»corcel mejor en Judea.»

V

Allá van,
allá van
Ritja y el árabe al kan.

Tres infantes
ved allí:
parecen tiernos pámpanos

de las viñas de Engaddí.

Abrazan al herido
que en tierra pone Ritja sin sentido.

El olmo y la yedra se abrazan así.

También sobre el arenal
cae la yegua leal:
¡ay Ritja! ¡pobre de ti!

Toda la tribu llora;
el árabe está loco;
¡Ritja murió!
Con leche de camellas
brindáronle doncellas:
no la bebió.

Su mano halagadora
tendíole sin demora
el árabe... tampoco...
la lamió,
¡y murió!

La lira del poeta
cantó la noble hazaña
de Ritja fiel.
«Alá en su Edénpreciado
»la recibió a su lado:
»vive con él.»

Cuando en la duna escueta
al beduino inquieta
el turco, a Ritja invoca:
«¡No hay corcel
como aquel!»

Historia universal

Balada XIX

La niña, que hurtando

el cuerpo a su madre
al monte se escapa
y vuelve muy tarde,
sus manos de leche
trae llenas de sangre.

-¡Niña! ¡niña! ¡niña!
(le dice su madre):
¿Por qué traes las manos
de color de sangre?
-¡Ay de mí! (responde
la niña), ¡Dios sabe
que al coger las rosas
de nuestros rosales
traidoras espinas
hiciéronme sangre!

La niña escapada,
que vuelve muy tarde
de andar por los campos
con un tierno amante,
los labios trae rojos,
brotándole sangre.

-¡Niña! ¡niña! ¡niña!
(le dice su madre).
¿Por qué traes, los labios
de color de sangre?
-¡Ay de mí! (responde
la niña), ¡Dios sabe
que comiendo moras
allá en los zarzales,
teñime los labios
de color de sangre!

La niña bonita
hoy vuelve mas tarde
sin sangre los labios,
las manos sin sangre,
que más bien parece
viviente cadáver.
-¡Niña! ¡niña! ¡niña!
(le dice su madre):
¿Por qué está tan pálido
tu hermoso semblante?
-¡Ay madre! (responde
la infeliz), ¡ay madre!
Si mis manos viste
de color de sangre,
fue porque en las tuyas
las cogió mi amante;
si viste mis labios
de purpúreo esmalte,
fue porque a los tuyos

los juntó mi amante;
y hoy ves en mi rostro
color de cadáver,
¡porque me ha engañado
mi pérfido amante!

La judía castellana

Balada XX

Anda, y anda, y anda, y anda,

porque el Señor se lo manda,
en pos del cristiano amante,
que su amorosa demanda
oye con fiero semblante.

ELLA

-Me llaman los judíos
flor entre abrojos,
y los pechos más fríos
quemán mis ojos.

Mas yo te adoro, -buen castellano,
dáme tu mano, -toma mi fe.
¡Piedad imploró!- no mas rigores
y al Dios que adores- adoraré.

EL CRISTIANO

-Llevas en el vestido
señal bermeja,
que al fruto prohibido
tu amor semeja.

Yo soy cristiano- tú eres judía:
tu raza impía- maldita está.
¡Darte mi mano!- de tus amores
cogí las flores...- pésame, ya.

Y anda, y anda, y anda, y anda,
porque el Señor se lo manda,
muerto el color del semblante,
y desde el lecho demanda
así al desdeñoso amante.

ELLA

-Morir envilecida
por él me veo...
doy a un hijo la vida
que muerte creo.

Brisa galana- de mi lamento

lleva el acento pronto a mi amor.
Venga al Alcana- la vez postrera,
para que muera- yo sin dolor.

EL CRISTIANO

-¡Ir yo a la Judería
do escomulgada
tiene tu raza impía
su vil morada!

Baño cristiano,-cristiano techo,
cristiano lecho- no ha de adunar
al castellano- y a la judía;
si él la amó un día- fue torpe amar.

Y anda, y anda, y anda, y anda,
porque el Señor se lo manda,
y llora su niño hambriento,
y compasión y alimento
así la infeliz demanda:

ELLA

-¡Ay! que en mi pecho apenas
encuentras vida;
bebes, hijo, en mis venas
sangre podrida.

Mas no, la toledana- flor de este suelo
tendrá consuelo- para los dos.

Querida hermana- tu pecho, fío
que al hijo mío- salve por Dios.

LA TOLEDANA

-¡De mis pechos el jugo
pídesme artera!
al hijo del verdugo
mejor lo diera.

Mi ley lo dice:- «cristiana pura
»a tal criatura- no haga tal bien.»
¿Cómo, infelice,- que Dios maldijo,
al mundo un hijo- lanzas también?

Y anda, y anda, sin consuelo
como arista por el suelo,
muerto el hijo y el amor,
olvidada ya del cielo,
que así olvida su dolor.

ELLA

-¡Maldito y solitario
mi pueblo gime:
la sangre del Calvario
no le redime!...

De ti reniego- Castilla mía;
patria en Turquía- nos da Selim...
.....
Mas oye luego- voz que le manda
andar... y anda...- y anda sin fin.

A D. Diego de Luque

El ciprés del Buen Retiro

Balada XXI

Niñas, mis niñas galanas,

que por tardes y mañanas
pasear gozoso os miro
con vuestras madres ancianas
por los bosques del Retiro;

Torced a la izquierda mano,
y cuando encontréis después
un ciprés triste y lozano,
os contaré en verso llano
la historia de ese ciprés.-

Ese ciprés macilento
al columpiarse en el viento
dice en lánguido suspiro:
-«Yo soy un remordimiento
»del palacio del Retiro.»

»Mis hojas lágrimas son
»con que Isabel de Borbón
»lloró contrita y cristiana
»su malograda pasión
»al conde Villamediana.

»De sangre y llanto nací,
»sobre una tumba broté,
»entre suspiros crecí,
»y aun dos almas aquí
»vienen a llorar su fe.

»En vano me azota el viento,
»y un siglo y otro pasó,
»y tempestades sin cuento...
-»¡Niñas! el remordimiento
»es eterno como yo.»

El fuego fatuo

Balada XXII

Sobre la enhiesta loma, entre el tapiz de flores,
cuando su carro Febo sepulta en el nadir,
me place mi tesoro de luz y de fulgores
vertiendo entre los pliegues de las tinieblas ir.

El amador mancebo que la señal espera
para volar al seno de su querida fiel,
por mí tuerce engañado su rumbo y su carrera,
y me maldicen ambos, la enamorada y él.

Si en el desierto rugen los fieros huracanes,
y el caminante pierde rumbo, esperanza y luz,
la mía le conduce a simas y volcanes,
y do buscaba asilo, encuentra el ataúd.

También sobre las ondas a su feroz arrullo
el náufrago me mira agonizante ya:
apenas de alegría su voz alza un murmullo;
y nada, y nada, y siempre estoy yo mas allá.

Volando en los espacios como la mente loca
mi luz es el deseo que, mata sin sentir,
el vaso de ambrosía que nunca el labio toca,
el postrimer fantasma que vemos al morir.

Imagen soy del mundo: mi resplandor atrae
al náufrago, al viajero, al rondador doncel;
cercado estoy de abismos: si alguno en ellos cae,
imagen soy del mundo... ¡rogad a Dios por él!

A D. Eduardo Gasset

La cacería feudal

Balada XXIII

Media luna las armas de su frente.
GÓNGORA.

Ya sale la comitiva

¡viva!
de D. Guillén que va a caza:
¡plaza!
Y villanos y monteros,
pajes y palafreneros
con su señor también van;
sin que falte
gerifalte,
ni el beato
fray Torcuato,
capellán.

EL SEÑOR

«Padre, empecemos con modo.
»Todo
»se debe a Dios: ¿no rezamos?

FRAY TORCUATO

»Vamos.
»-Señor, de los mundos eje,
»rey de los bosques, protege
»la caza de D. Guillén;
»caballero
»limosnero,
»que tu ayuda,
»¿quién lo duda?
»paga bien.-»

«Él tiene en nuestra capilla
»silla;
»a tus monges da decoro,
»y oro.
»Cuando mueran sus vasallos
»ricas mandas obligallos
»a que te dejen sabrá.
»Nieto y todo
»de un rey godo,
»es honrado,
»buen casado...

EL SEÑOR

»¡Basta ya!»

Y parte la comitiva:

¡viva!

ya da principio la caza;

¡plaza!

Los villanos y los perros

inundan montes y cerros;-

mientras con trémula voz,

la galana

castellana

desde el puente

dulcemente

grita: -¡Adiós!-

Y D. Guillén lleva el pecho

hecho

añicos por volver pronto...

¡tonto!

Y a gritos por la maleza

desahoga su tristeza

el pobre marido, así:

«-¡Sus, villanos!

»¡sus, alanos!

»presta, presta

»mi ballesta,

»dadme aquí!

«Fray Torcuato, el benedícite,

dícite:

»que hay caza, y non sum modrego

ego.

»¡Mal haya tanta sotana

»como en tierra castellana

»por todas partes se ve!

»A ese fardo

»el tabardo,

»al bonete

»el almete,

»trocaré.»

«¡Mi capellán tan devoto...

»¡voto!...

»¡mi capellán ese sayo...

»¡rayo!...

»Ea: seguidme al escape:
»¡pobre del ciervo que atrape!
»no le alcanza ni la unción.
 »Yo me entiendo,
 »reverendo.
 »Es locura
 »que la cura
 »un sermón.»

-Villanos y caballeros
 fieros
al compás que la trahílla
 chilla,
inundan el campo verde
donde la vista se pierde...
¡qué barahúnda! ¡qué afán!
 Fieras rugen,
 armas crugen;
 y corceles
 y lebreles,
 juntos van.

Las herradas armaduras
 duras
brillan como fatuo fuego
 luego;
y la serpiente se estira,
y se enrosca, y se retira,
y desaparece también.
 Solo el eco
 en son hueco
 trae el grito
 del bendito
 don Guillén.

»Tras los ciervos, como gamos
 »vamos;
»que no quede, por San Bruno,
 »uno.
»Mis arqueros, ¡preparaos!
»compañeros, -¡alegraos!
»esta noche gran festín.
 »Ciervo asado,
 »¡buen bocado!
 »y bebida
 »sin medida,
 »y sin fin.»

Un ciervo como una torre
corre
desde la llanura al cerro...
«-¡Perro!...
»¡Sus! ¡la mitad de mi estado
»al que mate ese venado.
»¡Sus! sigámosle en tropel.
»Dos caballos,
»mil vasallos,
»seis doncellas
»las más bellas,
»doy por él.

»Sus cuernos para trofeo
»deseo
»aunque mi señora Nuña
»me gruña.
»¡Sus!»
Y al escape volando
van, y don Guillén gritando,
en pos del ciervo infeliz,
por llanuras,
espesas,
arboledas,
y veredas.
de perdiz.

Da el señor tan inauditos
gritos,
que se lo creyera a poco
loco.
Sangre chorrea la espuela;
el corcel no corre, vuela;
ladrando los perros van
y el venado
fatigado
salta y gime
con sublime
vano afán.

¡Ay! que nadie te socorre:
¡corre!
Quiere en sus brazos la muerte
verte.
¿Te ahoga cálido viento?
Es el diabólico aliento

del perro y de su señor.

Ciervo mío,
pasa el río;
nada, avanza,
que te alcanza
el cazador.

No, por Dios, de entre las algas
salgas,
que te aguarda la ballesta
presta.

¡Ay! rey de la verde zona,
has perdido tu corona,
tus pies de rayo también.

A la orilla
la trahilla
te destroza.
¡cuánto goza
don Guillén!

Ya vuelve la comitiva:
¡viva!
ya el señor torna de caza:
¡plaza!

Y villanos y monteros
pajes y palafreneros
haciéndole plaza van
y espirante
jadeante,
el beato
fray Torcuato,
el capellán.

¡Gran presa es el ciervo muerto!
cierto.

Seis lustros su cornamenta
cuenta.

-Entre hachones resplandece
doña Nuña, que aparece
a la ventana ojival,
y admirada
la taimada
con ambaje
dice a un paje
-«¡qué animal!»

Esta noche les das buena

cena;
te ahogarán en el divino
vino;
pero al fin, pobre venado,
doña Nuña te ha vengado...
¡justo castigo de Dios!
El rastrillo
del castillo,
¡linda caza!
de tu raza
pasáis... dos...

Magdalena

Balada XXIV

Éstas y otras más lastimeras palabras se hablarían aquellos piadosos
corazones, y de esta manera se anduvo aquel trabajoso camino...
S. PEDRO DE ALCÁNTARA.- (Tratado de la Oración y Meditación.)

Lavaba Magdalena

su vaso en la serena
fuente que alegra al triste peregrino,
cuando pasa Jesús por el camino.
-Guste mi labio ardiente
agua en tu vaso de la fresca fuente.
-Es indigno mi vaso de tu boca,
profeta soberano:
beberás en la palma de mi mano.
-Tu mano mancha todo lo que toca.
-¡Ay triste mano mía!
-Si fueras virgen, yo la bebería.
-Te engañas, peregrino, soy más pura...
-Mientes.
-Yo te lo juro.
-Tu labio miente, si tu labio jura,
que ni un solo cabello tienes puro.
¡No jures, desdichada!
¡no jures, pecadora!
tu alma está abrasada
en el fuego infernal que la devora.
-Pero ¿quién eres tú, que así el secreto
del corazón arrancas? ya no lucha
mi pequeñez contigo:

te adoro y te respeto;
pero ¿quién eres? di.

-Calla, y escucha.

Tres hijos ¡tres! de la vergüenza, diste
al mundo...

-¡Torpe mundo!

-Tú más torpe. El primero
de...

-¿De quién?

-De tu padre lo tuviste;
de tu hermano, el segundo...

-No prosigas ¡ay triste!

-De un siervo del Señor es el tercero...

-¡Maldito seno por mi mal fecundo!

-¡Maldita la mujer que no resiste
las tentaciones del placer inmundo!

-Pero ¿quién eres, hijo de María,
que así conoces la existencia mía?

La altiva Magdalena,
vaso de corrupción, flor ponzoñosa,
de lágrimas y amor ya es fuente llena,
que a tu mirada y a tu voz rebosa.
Más que profeta, más que soberano,
mírame aquí de hinojos,
temblar bajo tu mano,
herida por el rayo de tus ojos.
Yo soy mísera oveja
escapada al redil, que por la loma
vaga huyendo al pastor, no en raudo vuelo
cual cándida paloma
que su amorosa queja
al mundo oculta y comunica al cielo;
sino arrastrando impura
entre viles y torpes alimañas
de mi lana la cándida madeja,
que ya cubren abrojos y espadañas.
Y tú ¿quién eres, di?

-Soy el cordero,
que bala a las ovejas campesinas.

-Llévame a mi redil.

-Llévarte quiero,
y sentir en mi frente tus espinas.
Sígueme, el pie desnudo,
por montes, y collados y laderas,
sin que te arredre el huracán sañudo,
sin que te espanten al rugir las fieras;
que así van al redil tus compañeras.

-Mas tengo taladrado
el corazón: seguirte ya no puedo.
Señor, tanto he pecado,
que solo de mirarte me da miedo.
¿No te avergonzará mi compañía?
el peso de mi culpa me anonada.
-Sígueme con tu cruz, sigue, hija mía,
o ponla sobre mí si estas cansada.
-La tuya es más pesada,
y te rinde y fatiga: sudorosa
tu frente está: consiente
que beba esos sudores de agonía
tu esclava cariñosa.
¿Está el redil muy lejos todavía?
-Sígueme con tu cruz, mansa y paciente,
que yo soy tu pastor y tu cordero.
¿No ves ya tus espinas en mi frente?
¿no es tu cruz y mi cruz este madero?

El alma en vela

Balada XXV

Quando tiende la noche

su manto negro,
enmudecen las tumbas
del cementerio;
 porque los vivos,
que despiertos olvidan,
¿qué harán dormidos?

 Pero la tumba blanca
del tierno infante,
resuena cual capullo
que se entreabre;
 porque ni en sueños
una madre se olvida
de su hijo muerto.

 Entre sueños se abrazan,
y se sonríen,
y él, desde su sepulcro,
-«Calla,»-le dice;
 «No sueños, madre,
»no sueños más conmigo,

»que soy un ángel.

»Cuando tu mente vela,
»madre querida,
»mi pobre alma no puede
»dormir tranquila;
»que cada lágrima,
»cada suspiro tuyo
»me llega al alma.

»Y en esta blanca tumba
»donde reposo,
»me conmueve y me pone
»lleno de gozo,
»como una gota
»de rocío conmueve
»la blanca rosa.»

Y su madre dormida
responde : -«Calla,
»no me impidas que sueñe,
»prenda del alma,
»ni que te llore
»como llora el rocío
»sobre las flores.

»Como en mis tiernos brazos,
»madre amorosa
»te arrullé en otro tiempo,
»te arrullo ahora.
»Hijos y madres
»no hay sepulcro ni hay muerte
»que los separe.»

Dos santos y un rey

Balada XXVI

¡Hurra! allí están. -Los turbantes,
y las corvas cimitarras,
semejan mares sangrientos
con sus espumas de rabia.
-Rey Alfonso, rey Alfonso,
¡y les vuelves las espaldas!
¡La media luna

ya te acobarda!
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
si te vencen los moros en las Navas.

El rey grita: -«Caballeros,
»o a través de la montaña
»les caemos de improviso,
»o es la lucha temeraria.
»¡Y en la montaña no hay vía,
»que ni pájaros la pasan!
»¡Maldita Sierra
»Morena ingrata!
»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
»si me vencen los moros en las Navas.»

Con un río se han topado...
¡Hurra! adelante, y al agua;
mas los caballos vacilan,
que es la corriente muy brava.
A pasar probó un ginete
y tumba halló entre las algas.
¡Día terrible!
¡cuánta desgracia!
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
si nos vencen los moros en las Navas.

EL REY

«Pastorcica, pastorcica
»la que tus pañales lavas
»la del angélico rostro,
»la de la sonrisa casta,
»yo soy el rey de Castilla,
»que quiero entrar en batalla,
»pero este río
»mi paso ataja.
»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
»si me vencen los moros en las Navas.»

LA PASTORA

«Señor rey, yo a mi marido,
»que allá arriba en la montaña
»apacenta sus ganados,
»voy con la bendita gracia
»a llevarle el alimento
»todos los días sin falta.»

EL REY

«¿Pasas el río?
»¿cómo lo pasas?
»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

»si me vencen los moros en las Navas.»

Ligera la pastorcica
como los soplos del aura,
el cendal de su cabeza
estiende sobre las aguas.
Atónito el rey la mira
cómo boga, cómo nada;
y grita, lleno
de confianza:
-«¡Viva mi España! ¡viva mi España!
»que venceré a los moros en las Navas.»

Los caballos de las bridas
suelos, en tropel se lanzan;
los ginetes uno a uno
sobre el pañizuelo pasan.
Y oraron en la otra orilla,
y el rey vertió dulces lágrimas,
viendo la mano
de Dios tan clara.
-«¡Viva mi España! ¡viva mi España!
»que venceré a los moros en las Navas.»

EL REY

-«¡Sus! ¡a la lid!
Los trotones
en los peñascos resbalan,
que van cargados de acero
y es pedernal la montaña.
En vano los acicates
se ensangrientan, se desgarran...
Todo es despecho;
todos desmayan.
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
que nos vencen los moros en las Navas.

Como el lucero del día
entre el celaje del alba,
un labrador aparece
sobre la cumbre más alta.
Mansas ovejas besándole
las manos, en torno balan,
y el rey al cielo
mira al mirarlas.
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
que nos vencen los moros en las Navas.
EL REY

«¡Ah, guardador del rebaño!
»¡ah, pastorcillo del alma!
»yo te ruego que me digas:
»¿cómo cruzas la montaña?
»Cuenta, pastorcillo, cuenta
»que espera el moro a la falda,
 »y busca al moro
 »gente cristiana.
»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!
»si nos vencen los moros en las Navas.»

«Fía de Dios, rey Alfonso,»
(los ecos del monte claman)
y de ser reconocido
el rey Alfonso se pasma.
Mira al pastor a su lado,
que ancha senda le señala,
 y a Dios invoca
 y a ella se lanza.
«¡Viva mi España! ¡viva mi España!
que venceré a los moros en las Navas.»

EL REY

 Guía, pastor.

EL PASTOR

 Dios le guía.

EL REY

 Que es áspera la montaña.

EL PASTOR

 Así es la senda del cielo.

EL REY

 Sepa yo cómo te llamas.

EL PASTOR

 Isidro.

EL REY

 Dios te lo pague,

 Isidro.

EL PASTOR

 Dios siempre paga.

EL REY

 ¡Sus, caballeros!

 ¡a la batalla!

 ¡Viva mi España! ¡viva mi España!

 ¡a vencer a los moros en las Navas!

A ella

El remo roto

Balada XXVII

I

De blanco vestida,

de flores ceñida
la sien virginal,
va al templo Rosana,
la linda aldeana:
su madre detrás.

La tierna cordera
su ofrenda primera
le lleva al Señor.

El pan rubicundo,
el huevo fecundo,
su fiel corazón.

Ofrenda sublime,
que, culpas redime
si en ella las hay.

Por tierna y por pía
Dios mismo la envía
un beso de paz.

Simón, el barquero,
arrimase artero
do pasan las dos.

«¿Por qué no oyes misa?»
con dulce sonrisa
la niña exclamó.

«Dios todo lo abarca,
»Y a salvo tu barca
»al puerto traerá.
»En él pon la idea
»que viento y marea
»propicios harás.»

Mirola el barquero

rendido y artero,
doblada la sien.
Sonó la campana,
y niña y anciana
entraron sin él.

II

Bramó la tormenta
con furia violenta:
silbó el huracán.
El ola bravía
rugiendo quería
tragarse el altar.

Del templo la cúpula
relámpago lívido
ceñía en redor.
Las candidas jóvenes,
los justos decrépitos
invocan a Dios.

Simón solamente,
serena la frente,
risueña la faz,
De gozo está henchido
a cada bramido
de la tempestad.

Penetra al sagrado
con pie apresurado:
Rosana está allí.
¡Profano! ¡maldito!
le arrastra el delito.
¡Rosana infeliz!

Del cierzo las ráfagas
confunden y llévanse
un beso y un ¡ay!
La lámpara trémula
de luz melancólica
se apaga a la par.

III

Entre espuma
deslumbrante
baja y sube
vacilante.

¿Es la pluma
de ave osada,
por el rayo
derribada?
¿es la nube
disipada
por el viento?
En el cárdeno
elemento
honda estela
señalada,
va dejando.
-Vuela, vuela,
vil barquilla,
mientras corre
por la orilla,
la cuitada
viejecilla
separada
de su amor.
Parte, parte
que a los cielos
sus consuelos
pide airada,
y a matarte
va su furia
desatada.
Parte, parte,
novio artero,
vil barquero,
vil Simón.
Como el lobo
con la oveja,
con tu robo
deja, deja,
estas tristes riberas, ladrón.

¿No la escuchas
invocando
los castigos
del Eterno
para ti?
¡y sonrías
blasfemando
con sonrisa
del infierno,
que trae veloz el huracán aquí!

Cuando tienes
a tus plantas
el averno,
¿no te espantas?
Los vaivenes
que te empujan,
y te elevan,
y te estrujan,
y te llevan
como en alas
infernales
a placer,
¿no te gritan:
-«Nada vales;
»no me igualas;
»tus blasfemias
»no me irritan
»de tu empeño
»yo me río;
»soy el dueño;
»eres mío.
»Ven, esclavo,
»que por oro,
»ni por plata
»se rescata;
»ven, acata
»mi poder.
»Soy contento
»misterioso
»de un acento
»poderoso:

»si desatan mis iras el viento,
»ese abismo te puede sorber.»

SIMÓN (en alta mar.)

¡Que brame la tempestad
y se estrelle en mi cabeza!
Al mar vence mi destreza,
y al cielo mi voluntad.

Del mundo y del cielo
aquí es toda memoria vana:
tengo en mi barco a Rosana,
mundo y cielo para mí.

Ante el altar del Señor
desmayada te miré,
¡amor mío! y te robé
para el altar de mi amor.

LA VOZ DE LA TORMENTA

Simón, boga, boga,
que el mejor marinero se ahoga.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA

¿Altar tu amor? más ínclitos altares
al ímpetu cayeron de los mares.

LA ANCIANA (de rodillas en la playa.)

¡Permita Dios que te veas,
marinero desleal,
a la puerta de los cielos
y no te dejen entrar!

LA CAMPANA DE LA ALDEA

Vecinos, ¡acudid!
¡perseguid
al ladrón....!
dilín, dilón.

SIMÓN

A rebato la campana
toca, toca:
viejecilla casquivana
pobre loca,
no te canses de tocar:
¿me robarás a Rosana
cuando me protege el mar?

LA ANCIANA

El día que te parí,
bien te lo decía yo.
¡Qué desdichada has de ser,
hija de mi corazón!

SIMÓN

Boguemos, boguemos
que vuelen los remos.

LA VOZ DEL MAR

Simón, boga, boga,
que el mejor marinero se ahoga.

SIMÓN

Ya la tierra no se ve;
entre Rosana y mi amor
ya el obstáculo quité...
Para adorarla mejor
despacio la miraré.

El rostro descolorido...
el corazón apagado
bajo mi mano ha latido...
ave, el nido te he robado,
pero te daré otro nido.

Un nido sobre la espuma
del mar, mecido en sus brazos
ligero como una pluma,
atado con dulces lazos
a las alas de la bruma.

Un nido lleno de amor,
de los cielos suspendido
para delicia mayor,
con que verás al Señor
al reclinarte en tu nido.

¡Y qué lindas barcarolas
oírte cantar espero
al arrullo de las olas,
mientras tu fiel marinero
las va repitiendo a solas!

Aquí solo envidiaré
al rubio sol que te ve,
al aire que te acaricia,
y al mar que lame tu pie
con amorosa delicia.

Boguemos, boguemos,
que vuelen los remos.
LA VOZ DE LA PLAYA
¡Ay del que se duerme en brazos del mar!
¡ay del que despierta en la eternidad!

SIMÓN

Respira al fin, corazón,
que tu triste condición
se va a mudar desde ahora;
ayer de Simón señora,
hoy esclava de Simón.

Serán cadenas de flores
Rosana, dulce embeleso,
tu libertad nunca llores,
que yo también vivo preso
en la red de tus amores.
EL ÚLTIMO ECO DE LA PLAYA

¡Maldito! ¡maldito!
SIMÓN

Me asusta ese grito.
LA CAMPANA

Vecinos, acudid,
perseguid
al ladrón...
dilín, dilón.

LA ÚLTIMA VOZ DEL MAR

Simón, boga... boga...
que el mejor marinero se ahoga.

SIMÓN

Boguemos, boguemos,
que vuelen... -¡Maldición!...
Crugen los remos;

brama iracundo el noto,
montes alzando de rizada espuma,
y entre la densa bruma
un remo yace sobre el agua roto.

El pobre marinero,
rendida el alma a la mortal congoja
del otro remo entero
con el ayuda a navegar se arroja.

Y rema, y reina, y gira
en fiero remolino,
como la pobre mente que delira
razón perdida y tino;
como del plomo artero
águila herida los espacios hiende,
y ora el vuelo rastrero,
ora hasta el solio del Señor lo tiende.
Nube espiral del humo de la vida
al cierzo destructor desvanecida.

En círculos de plata
el barco aprisionado,
si a veces los desata
torna a girar con golpe redoblado.
Y el remo roto que en el agua flota
parece que murmura:
-«Soy la cadena rota
»de tu crimen, Simón, y tu ventura.»

SIMÓN (ahogándose.)

¡Ay! ¡maldición!

LA CAMPANA (a lo lejos.)

Dilín, dilón.

Ondas, espumas, vientos,
contra el pobre galán se conjuraron,
y cual tigres hambrientos

su barca y sus amores devoraron.
Diz que del remolino
rauda brillante estrella
surgió, calmando el ímpetu del noto,
y desde el remo roto
al cielo por incógnito camino,
con el alma voló de la doncella.

Los baños de la Padilla

Balada XXVIII

A los moriscos jardines,

que don Pedro de Castilla
sembró en rosas y jazmines,
bajaba al anochecer
doña María Padilla,
regia Venus del placer.

Fue aquel tigre carnicero,
que en sangre empapó sus huellas,
sólo en el amar sincero;
y ella a fe lo merecía,
que era bella entre las bellas,
la bella doña María.

Templo en el jardín umbroso
alzaron los dos amantes
al placer voluptuoso:
arabesco gineceo,
donde licores fragantes
entibiaban su deseo.

Hoy a la puesta del sol,
cuando el celeste confín
se colora de arrebol,
dos esqueletos estraños
fugitivos del jardín
se refugian en los baños.

Y zumban por las arcadas
húmedas, tristes y frías,
histéricas carcajadas,
lúgubres y helados besos,
caricias de amor sombrías

como el crugir de los huesos.

Al ronco son de las gotas
del cristalino raudal
que salta entre piedras rotas
del arabesco cimientó,
aquel amor sepulcral
parece un remordimiento.

Con su mano cadavérica
revolviendo el musgo frío,
y en voz gutural, histérica
murmura una sombra así:
-«aquí en tus brazos, bien mío,
»¡cuántos sueños yo dormí!»

En la pared carcomida
una celda mal tapiada
y del tiempo denegrida,
hace a otra sombra esclamar:
-«aquí la reina encerrada
»nos vio mil veces bañar.»

Y nuevas risas sonaron
destempladas, estridentes,
y de la celda apartaron
ambas su faz mustia y seca,
chocando de horror sus dientes
que el eco espantoso ahueca.

-«¿Acuérdate, prenda mía,
(murmura la más osada)
»de lo que nos dijo un día?»
-«¡Yo no lo olvido jamás!»
(Y estremecieron la arcada
dos suspiros a compás;

Y murmuraron las dos
con acento sobrehumano):
-«Don Pedro, permita Dios
»que el cielo te lo demande,
»y que te mate tu hermano
»que es la desdicha más grande.

»Tú a la reina de Castilla
»haces, infame, testigo
»del baño de la Padilla...

»¡ojalá en sangre te bañes,
»y para mayor castigo
»al infierno la acompañes!»

Un silencio sepulcral
reina en el triste recinto,
y el cristalino raudal
que corre por las arcadas
en sangre parece tinto
a las sombras aterradas.

Al fin la más valerosa
poniendo al silencio dique,
dijo con voz dolorosa:
-»¡Ay! me salpicó la frente
»la sangre de don Fadrique
»cuando le mató Juan Diente.

»Y en sangre para mi daño
»desde el augurio cruel
»a todas horas me baño;
»y bajo el puñal impío
»en la noche de Montiel
»caí... de un hermano mío.»

-Juntas también nuestras dos
»almas, se vieron un día
»en la presencia de Dios...»
-«Amarte fue mi delito...
»¡Maldita seas, María!
»¡Maldito, Pedro, maldito!

Y tornan las carcajadas
a retumbar sordas, lentas,
por las moriscas arcadas;
y en el vecino jardín
avecillas soñolientas
cantan un himno sin fin.

De verlos desaparecer
a punto la aurora brilla;
hasta que otro anochecer
los traiga desde el infierno
al baño de la Padilla,
que es su purgatorio eterno.

El ángel mudo

Balada XXIX

La niña dobla la frente

sobre el seno de su madre
como flor que sobre el tallo
se seca al morir la tarde.
Un ángel baja del cielo,
y dice la anciana al ángel:
-«¿Por qué te llevas el alma
»de esta pobre madre?»

El ángel no respondía,
y volando, volando seguía.

Atraviesan las moradas
de las águilas reales,
les dan las nubes corona,
les dan música los aires.
Gozosa la niña vuela
olvidada de su madre,
y a cada vuelo pregunta:
-«¿Dónde vamos, ángel?»

El ángel no respondía,
y volando, volando seguía

Bullir ven bajo sus plantas
las más hermosas ciudades,
con sus carrozas de oro,
con sus palacios de jaspe.
La niña al verlas sonríe,
y vuelve a decir al ángel
-«¿Por qué a gozar en el mundo
»no quieres llevarme?»

El ángel no respondía,
y subiendo, subiendo seguía.

Cerca de la pobre aldea,
gota perdida en los mares,
en humilde cementerio
crece una flor triste y frágil.
El ángel baja a cogerla,
y dice la niña al ángel:

-«¿Por una flor a la aldea,
»es justo que bajas?

El ángel no respondía,
y bajando, bajando seguía.

El alma de otra doncella
muerta en brazos de su madre
era la flor misteriosa
que quiso coger el ángel.
Abrazadas las dos almas
siguen hendiendo los aires;
y ambas al ángel preguntan:
-«¿Dónde vamos, ángel?»

El ángel no respondía,
y a los cielos subiendo seguía.

A la Buena Memoria de D. Agustín Bonnat (Q. E. P. D.)

Las siete canciones del mes de mayo

Balada XXX

Divino mes de mayo,

mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
tras de tus huellas
el corazón arrastras
de las doncellas.

Y teñida de púrpura
la casta frente,
tañendo el dulce crótalo
de ritmo ardiente
con voz pulida
te cantan en el prado
la bien venida.

I

CANCIÓN DE LAS DONCELLAS

¡Ya llega! ¡ya llega! lo anuncia la brisa,
lo anuncia al Oriente
la nube ayer negra, mas hoy sonrosada;
la brisa es tan solo su dulce sonrisa;

la nube es sus ojos de ardiente mirada,
que el alma presiente
que bebe estasiada.
Vendrán las mañanas de plácido gozo;
a orillas del río
vendrán las meriendas, los dulces festejos,
y luego brindando galán alborozo
las noches de estío,
las noches de luna que duermen los viejos...

Vendrán las serenatas,
y las fogatas,
y las danzas pulidas
sobre el musgo del prado tejidas.

Y las romerías
del señor San Juan
también vendrán, también vendrán.

Para nuestros cabellos
tendremos flores,
que ellos con ellas están más bellos,
y ellas no saben vivir sin ellos,
como la niña sin sus amores.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡con qué divinas
canciones te reciben
las golondrinas!

II CANCIÓN DE LAS GOLONDRINAS

¡Chis! ¡chis! nosotras venimos
de donde mayo reposa:
¡chis! ¡chis! nosotras le vimos
tender sus alas
cual mariposa
para cruzar
el aire y el cielo, la tierra y el mar.

Detrás de nosotras vino,
más que nunca gozoso y divino;
y como viene dicha anunciando
nos envía delante cantando.

Aves hermanas de arrullo tierno,
que habéis vivido
todo el invierno
sin amor, sin placeres, sin nido;
soltad el reclamo
de vuestro gorgojo,
que ya entre las ramas oiréis -«te amo»-
envuelto en murmullo de casto aleteo.
Empezad a arrancaros las plumas
que al hermoso polluelo dormido
den lecho blando
en la copa del árbol erguido,
cuando esté por las brisas mecido,
como entre espumas
el barco se mece subiendo y bajando.

Los insectos voladores
que al rayo del sol
con sus alas de colores
cascadas fingen de tornasol,
ya zumban todo el día
en rededor de los árboles
que el mayo en hojas adorna rico:
Dios que los cría
harto bien sabe
que los envía
para el pico amoroso del ave,
que a sus hijos los lleva en el pico.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡con qué sublimes
canciones te saludan
las almas tristes!

III

CANCIÓN DE LOS TRISTES

Cuando del negro corazón la calma
siquiera alumbre de la dicha un rayo
¿a quién lo debe agradecer el alma?
a ti, mes de las flores, dulce mayo.

¡Ay! ¡qué triste es pasar horas tras horas,
esclavos del dolor ojos y mente,

y en el cielo ver nubes tronadoras,
y nubes en el alma juntamente!

Ver del cierzo los árboles heridos
sembrar por tierra su esplendor deshecho,
y de la dicha ver los carcomidos
restos sembrando el lastimoso pecho.

Ronco el torrente que a lo lejos brama,
estrellando en las rocas su corriente,
la eternidad parece, que nos llama
a hundirnos en su lóbrego torrente.

Cuando en el prado las marchitas hojas
al hollarlas el pie, voz da a su duelo,
gimen dentro del alma las congojas,
como gimen las hojas en el suelo.

Si son los tristes en la tierra hermanos,
cuando tu manto de dolor te vistes,
naturaleza plácida ¿qué manos
enjuagarán el llanto de los tristes?

¡Oh! sí, ven, mayo, ven con tus sonrisas
del cielo, del ambiente, de las flores;
ven con tus brisas, con tus frescas brisas,
que aduermen y aletargan los dolores.

El arco iris que te finge el alma
para corona en la celeste altura,
présago sea de inefable calma,
ya que no puede serlo de ventura.

Y cuando el triste sin descanso llora,
no acreciente natura sus dolores;
que solo llore perlas el aurora,
y néctar sólo el cáliz de las flores.

Sí: ya alma mía, que en letal desmayo
llores, llora a tus solas, alma mía,
y al soplo dulce del risueño mayo
cielo, pájaros, flores... todo ría.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores.

Aun por los suelos
te saludan cantando
los arroyuelos.

IV

CANCIÓN DE LOS ARROYOS

Murmuremos, murmuremos,
acompañando gozosos
los cánticos amorosos
que vagan del viento en pos,
y conviertan nuestras voces
este campo solitario
en sublime santuario
donde todo hable de Dios.

Nuestras ondas azuladas
de color robado al cielo,
en perlas borden el suelo
con extática embriaguez.

Pronto volverán, deshechas
a nuestro seno querido,
cual ave que vuelve al nido
donde pasó su niñez.

Y a su plácida frescura
el musgo verde aromoso
con ímpetu lujurioso
a la orilla brotará;
y en la noche reposada
la luciérnaga brillante
con su fulgor vacilante
nuestro curso alumbrará.

Cuando el sol a su fatiga
quede en ocaso rendido,
será nuestro manso ruido
un reclamo tentador,
que reúna a los zagales
con las zagalas sencillas...
de noche en nuestras orillas
¡es tan hermoso el amor!

Y cuando ría en Oriente
a los vergeles la aurora,
nuestra música sonora
por encanto cesará.

Será el único silencio

que guarde nuestra alegría,
que el silencio y la poesía
están donde el alba está.

Y cuando zumbe la abeja
en la férvida mañana,
y nuestras ondas de grana
empiece a teñir el sol,
 den a la doncella espejo,
y si de altiva presume,
a sus cabellos, perfume,
y a su mejilla, arrebol.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
 cuando te acercas
se disipan cantando
las nubes negras.

V

CANCIÓN DE LAS NUBES

Como del panal arrojan
las abejas a los zánganos,
-así nos echa del cielo
 el mes de mayo.

Como el amor a una niña
roba el color sonrosado
-así la color nos roba
 el mes de mayo.

Como el huracán se lleva
el follaje de los campos,
-así nos llevan las brisas
 del mes de mayo.

Viene mayo con sus flores;
viene con sus brisas mayo;
el cielo azul nos olvida...
 -¡vámonos! ¡vámonos!

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,

¡cuántos cantares
tu venida celebran
en las ciudades!

VI

CANCIÓN DE LAS CIUDADES

Como crisálidas bellas
que engendra el sol con su rayo,
ya galanes y doncellas
mi cielo pueblan de estrellas
el tibio soplo de mayo.

Y en el morisco balcón,
cuajado de hermosas flores,
se asoman en confusión,
como bandada de amores
que asaltan a un corazón.

El pájaro su garganta
ensaya al tender el vuelo
que hasta las nubes levanta,
pues el que en mayo no canta
no tiene perdón del cielo.

Rápida como la abeja
que acude a libar la flor,
la niña su casa deja;
que mayo amar le aconseja
y el alma le pide amor.

Bajo el cutis transparente
se ven sus límpidas venas
ardiendo, -que es mayo ardiente,-
como el cristal de una fuente,
entre abrasadas arenas.

Y apenas asienta el pie,
tal que se ve y no se ve;
y su cintura cimbreo,
como una palmera que
del campo se enseñoera.

Y su pupila velada,
su boca sonrosada
exhala blando murmullo,
más blando que el del capullo
que brota a la madrugada.

La seda de los vestidos
la gasa de los prendidos,
los pintorescos encajes,
redes son de los sentidos,
y de los ojos, celajes.

¡Pues y las damas sin par
que en nubes de argentería
del viento fingen brotar,
como Venus brotó un día
de las espumas del mar!

Así en el Zocodover
y en el Prado y en el coso,
y en la Vega, son de ver,
tanta galana mujer,
tanto galán amoroso.

Pero donde está Cristina
y está la plaza de Mina,
se nubla del sol el rayo,
que es otro mayo aquel mayo
de aquella tierra divina.

Allí la luz es mejor,
y más ardientes las brisas,
y más hermosa la flor,
y el cielo, todo sonrisas,
y la mujer, toda amor.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
los que atesoran
la fe en sus corazones,
¡cómo te adoran!

VII

CANCIÓN DE LOS CREYENTES

Yo te adoro, Señor cuando la cumbre
baña el rayo de, sol de primavera,
alzo mis ojos a la azul esfera,
allí otro rayo encuentro de tu lumbre.

Tú, solo tú, con sola una sonrisa,

su pompa vuelves al vergel desnudo,
y do reinaba el huracán sañudo,
un trono le levantas a la brisa.

Hermosa muestra de tu amor hiciste
¡oh fuente de consuelo y de ternura!
redimiendo del mal a la natura,
como en la cruz al hombre redimiste.

Por ti sacude el mundo su desmayo
tú al cielo das tan plácida armonía;...
cuando vele una nube el alma mía,
dale, Señor, también su mes de mayo.

Un misterio

Balada XXXI

¿Queréis saber un misterio
de los que el mundo no entiende,
porque la fe que le falta
ciego del alma lo tiene?
En los hechos más sencillos
mira el filósofo a veces
la mano de Dios, y entonces
la bendice y los comprende.

¿Queréis saber un misterio
de Dios? escuchad pues éste.

Más que ninguna hermosa,
más que todas feliz,
por el mundo entre flores y gozosa
iba una meretriz.
Era su anhelo el placer,
su vida la bacanal,
y ella creía ¡pobre mujer!
ventura eternal
los halagos del ángel del mal.

Quiso una noche el hado
probarla su rigor,
y un mozalvete que pasó a su lado,
le dijo con amor:
-¿Quién eres, niña donosa?

-Soy una feliz mujer,
que va volando cual mariposa
de placer en placer.
-¿Eres dichosa? -¿No lo he de ser?

«Me duermo entre los besos;
»Mis sueños de oro y luz,
»en deleites me embriagan y embelesos...
»¿Quieres probarlos tú?
»Hago los años instantes,
»eternizo los placeres,
»todos los hombres son mis amantes,
»burlo a las mujeres...
»y... soy dichosa. -«¡Cómo lo eres!...»

»-¿Qué vale la existencia
«de la mujer al fin?
»lo que la rosa de fugaz esencia,
»prez de un jardín.
«Se ve, se coge, se admira,
»se marchita, se deshoja,
»y con desprecio luego se tira...
»la vida me enoja,
»y deshago la flor hoja a hoja.»

Capricho fue sublime
del acaso o de Dios;
un lazo forja Amor y los oprime
con él allí a los dos.
Y ya la horroriza el oro,
y aunque el llorar ignora,
perdido al ver su virginal tesoro
de cuerpo y alma, llora,
para regalo del que la adora.

Duerme al son de los besos
sueños de oro y de luz,
embriagada en deleites y embelesos,
que ignora la virtud.
Pero a veces se despierta
en sobresalto cruel,
sentir creyendo que un alma muerta
es el alma de él,
y que sus besos destilan hiel.

Hubo una noche lúgubre
que a su galán llamó,

sedienta de placer, y un eco tétrico
sólo le respondió.
-«Ángel mío, vida mía,
»¡respóndeme por tu amor!»
pero dormido su amor seguía;
y en tenue vapor
se elevaba su alma al Señor.

«Yo a la implacable muerte
»su presa arrancaré.
»Dormido así en mi seno ¿he de perderte,
»mi único Dios y fe?
»¡Era yo tan venturosa!
»su amor me regeneraba.
»Para los cielos yo soy su esposa,
»desde que él me amaba
»yo en los cielos mi vista fijaba.»

Pero resuena un canto
lúgubre, funeral.
«Ilusiones... amor... ¡ay!... ¡humo! ¡llanto!
»todo aquí es mortal.»
«No turbes ya su reposo
(el sacerdote le grita)
«sólo la esposa llora al esposo;
»tú estás maldita,
»y tu llanto a los cielos irrita.»

Esposa sin desposar

Balada XXXII

Carlos quinto, rey de España,
a campaña
en son de guerra salió;
y con él salió Gonzalo,
mi regalo,
el capitán que amo yo.

Es el doncel más valiente
de la gente
que va a la lid a vencer;
en lo apuesto un pino de oro,
y le adoro

como nunca amó mujer.

También antaño, a la guerra
de la tierra
descubierta por Colón,
con Cortés, -el Estremeño,-
fue mi dueño,
dueño de mi corazón.

A través de tierra y mares
sus pesares
mi voz consoló y su afán;
y me oyó, y el indio bravo
fue ya esclavo
de mi bravo capitán.

Y le salvó de la tumba
en Otumba
mi ruego incesante a Dios;
porque yo soy su ángel bueno,
y en mi seno
guardo el alma de los dos.

Con preseas y con galas
volvió en alas
a Toledo, de su afán.
-«Bella estás entre las bellas
»tú con ellas,»
decía mi capitán.

Pronto la ventura acaba
que tornaba
a resonar el clarín.
Cabe las aras de Himene
el rey viene
pidiendo su paladín.

Al partirse de Toledo
en mi dedo
puso el anillo nupcial
y me regaló un secreto
amuleto,
en virtudes sin igual.

Y me dio de amor en arras
doce barras
de oro fino del Perú;

y diamantes muy bruñidos,
y vestidos
y vestidos de tisú.

Al subir a su alazano
de la mano
me trabó en Zocodover,
y con llanto que vertía
me decía:

-«¿Nos volveremos a ver?

-«Sí, capitán. En el alma
»yo la calma
»siento del que espera en Dios.
»Volverás. Soy tu ángel bueno,
»y en mi seno
»guardo el alma de los dos.

»Cada día en mi delirio
»iré un cirio
»ante el Eterno a encender.
»Iré a San Juan de los Reyes,
»de sus leyes
»la más horrible a torcer.

«A la Virgen, mi patrona,
»gran corona
»de oro ofrezco y de rubí,
»si mi amante no me olvida,
»y su vida
»guarda entera para mí.»

Parte el bruto en raudo giro:-
aun le miro,
aun le miro descender,
como torrente a los valles,
por las calles
que dan al Zocodover.

-Pero alégrate alma mía,
que hoy el día
es tan anhelado y tan...
vuelve de laurel ceñido
mi querido,
mi querido capitán.

Doncellitas toledanas,

que ventanas
y balcones inundáis,
y a los bravos vencedores
lindas flores
desde la falda arrojáis;

Ved que ya a pasar acierta
por la puerta
por la puerta del Cambrón
el tercio real donde viene
el que tiene
cautivo mi corazón.

Por las chispas de su callo
su caballo
reconoceré entre cien.
-Pasad, pasad más ligeros,
caballeros,
que aun mis ojos no le ven.

Brillan que parecen soles
españoles
los bravos, en confusión;
pero el tercio de Gonzalo,
mi regalo,
más brilla... en mi corazón.

Ved al capitán Paredes:
-tú no puedes
competir a mi galán.
Ved al alférez Fajardo:
¡qué gallardo!
-pues más es mi capitán.

Los laureles de tu frente,
rey valiente,
Carlos quinto emperador,
tu corona... ¿vale nada
comparada
con las glorias de mi amor?

A girones las banderas
prisioneras
el suelo besando van.
Algunas habrá ganado
mi adorado,
mi adorado capitán.

Ya relumbran los almetes,
los mosquetes...
¡favor! vacilan mis pies.
¡Oh! dadme la enhorabuena
que mi pena
acaba:-¡su tercio es!

Allí el cabo, y el alférez
Pero Pérez,
sus camaradas allí.
-Pasad, pasad más ligeros,
caballeros,
que estoy ya fuera de mí.

¿Dónde mi Gonzalo, dónde
se me esconde,
que no le veo en mi afán?
¡Ay! ¡su caballo enlutado!
¡ay mi amado!
¡ay mi amado capitán!

Al suspiro lastimoso
el glorioso
Carlos quinto, contempló
una flor sin tallo en tierra...
-de la guerra
el capitán no volvió.

A D. Adolfo de Castro

Historia de Cádiz

Balada XXXIII

Quando el vencedor de Anteo

mares y tierras corría,
de la humana fantasía
traslado y símbolo fiel,
En medio del Oceano
detuvo su heroica planta,
roca audaz que se levanta
como arabesco dosel.

Maceta de gayas flores
regada por las espumas;
lecho de nieblas y brumas,
donde los genios del mar,

En las noches silenciosas
vienen en conchas marinas
en brazos de las ondinas
muellemente a reposar.

Irguió el buen dios la cabeza
de tantos lauros ceñida,
y la vista complacida
en torno suyo tendió.

Un cielo de ondas y espumas
sonriendo a la bonanza,
y un edén en lontananza,
con alborozo miró.

Guadalquivir, coronado
como las ricas doncellas,
de frutos y flores bellas
se casa allí con el mar.

Ciñendo la verde oliva,
como vencido guerrero,
de vencedor altanero
las plantas viene a besar.

Sólo entre el Tigris y el Eúfrates,
do Adán y Eva moraron,
ojos nacidos hallaron
paraíso como aquél.

Hiere el dios la dura roca
con su clava omnipotente,
y mar, roca y tierra siente
estremecidos por él.

Rocas, tierra y mar a un punto
desgarrando sus entrañas
con sacudidas estrañas,
y fantástico vaivén,

Abortaron mil visiones
impalpables, indecisas,
siervas ante el dios sumisas,
y diosas ellas también.

En concha rutilante
tirada por sirenas,

apareció radiante
la diosa del amor.
Ondas, espumas, arenas,
abriéndole van camino;
y un genio marino
las brisas serenas
con himno divino
de Venus puebla en loor.

Como la rosa guarda
la perla de rocío,
que allá en la noche parda
el cefirillo frío
en su lánguido cáliz vertió,
al seno de alabastro
estrecha Venus al ciego amor,
astro que engendra luz de otro astro,
luna que roba su luz al sol.

En carro guerrero,
cual golpe de acero
que en chispas ardientes abrasa la mar,
el rostro bravío,
ferrado atavío
ostenta Mavorte de Venus a par.
Las ondas agitadas
huyeron asustadas
al mirar en su espejo sombrío
la lanza ponderosa,
la espada valerosa,
como olímpicos rayos fulgurar.

Más veloz que el pensamiento
cruzando la fantasía,
surge en la región vacía
rara, espantosa visión.
Un dios con alas: -sus ojos
en el seno de la tierra
ven los tesoros que encierra,
y los arranca a traición.

Sus manos siempre crispadas
como al contar del dinero,
ostentan uñas de acero
para guardarlo quizás.
Si fuera un cristal su frente
números viéranse y sumas,

que hasta del mar las espumas
compra y vende al que da más.

De los dioses mensajero,
y hermano en poder y esencia
él es dios de la elocuencia
y del comercio también;
y acaso su nombre invocan
en impías oraciones
bandoleros y ladrones
que sin amparo se ven.

Cual faro que brota inmóvil
entre tinieblas y olas,
más inmóvil, cuando ellas
más lo envuelven, más lo azotan,
a su rugir, impávido,
sereno ante su cólera,
y con su espuma haciéndose
magnífica corona,
brotó el dios de las aguas
en su imperial carroza.
Blande el tridente,
los brutos doma.

y desde el medio del mar
a Hércules escucha hablar.
HÉRCULES

Del Olimpo moradores,
de mar y tierra señores,
hijos de Júpiter caros;
venid, que quiero mostraros
la mansión de mis amores.

En menosprecio tendré
los trabajos que emprendí,
y los lauros que alcancé,
si dejar no logro aquí
larga memoria de mí.

Mi fama asombre a la gente,
y pase la mar cerúlea,
no por ser yo dios potente;
por vivir eternamente
en una ciudad hercúlea.

VENUS

Yo en rosas
la poblaré:

yo hermosas
a sus mujeres haré.
Mi copia en ella
quiero dejar,
dádiva suma,
gloria sin par.
Que nazca de la espuma
Cádiz la bella,
corte del mar.

HÉRCULES

No en valde la palma ganas
a las diosas tus hermanas
en hermosura y poder...
Gaditanas, gaditanas,
¡oh qué hermosas vais a ser!

MARTE

En la recóndita
futura edad,
su cuna tendrá y tálamo
aquí la libertad.

En fuego bélico
todo varón,
siempre sentirá ardérsele
su noble corazón.

Brazo fortísimo
tendrá también,
que humille de los déspotas
la vil altiva sien.

Y acento mágico
para gritar
del Betis hasta el Pírene:
¡viva la libertad!

MERCURIO

El oro, que es el poder:
le he de traer.
sobre las olas del mar
a fuerza de navegar.

Yo haré que nazca un hombre
que al mundo asombre,
rompiendo del mar azul
la flotante barrera de tul.

Y allí otro mundo

nuevo, fecundo
sus entrañas abrirá,
y de perlas y de oro
inagotable tesoro
por tributo le dará.

HÉRCULES

Con tanta hermosura,
con tanta grandeza,
con tanta bravura,
con tanta riqueza...
ya logro dejar aquí
memoria digna de mí.

NEPTUNO

¡Ea!
¡sea!

Hiere la roca con su tridente,
y cual sirena que de repente
hombros y pechos saca al cantar,
nace en la espuma, blanca y riente,
Cádiz la bella, corte del mar.

La campana vengativa

Balada XXXIV

-Niña, ya la campana

te llama a misa:
si no vas, a buscarte
vendrá ella misma.

-¡Si está tan alta,
madre!

-Dios que es su lengua,
le dará alas.

Al verse en traje nuevo,
nuevo y más majo,
se olvidó de la iglesia
por ir al prado;
que hay allí flores,
y mozos, y en la iglesia
viejos gruñones.

Pero se encuentra sola,
sola en el prado,

y ve que la campana
le sale al paso;
toca que toca,
a misa de difuntos
tocando sola.

Como loca la niña
corre que vuela;
tocando la campana
corre tras ella...
¡Medrosos sonos,
los que corren y tocan,
tocan y corren!

Así corrieron juntos
hasta la iglesia,
donde cayó la niña
de miedo muerta...
Y en son profundo,
la campana tocando
siguió a difuntos.

¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

Balada XXXV

¡Fragilidad! tienes nombre de mujer.
(SHAKESPEARE.- Hamlet.)

I
EN EL DUELO

¡y me roban la alegría!
¡Desventurada de mí!
¿Cómo viviré sin ti,
esposo del alma mía?

-¡Y se lo llevan así!

II
EN FAMILIA

-¡Hijo del corazón, dulce presente
de aquel esposo por mi mal perdido
hijo mío querido,
solo en besarte encuentro ya consuelo!
-¿Por quién lloras, mamá?

-¡Pobre inocente!
por un ángel cuál tú, que está en el cielo.

III

EN LA ALCOBA

¡Sola!... ¡soledad horrible!
suena en mi oído incesante
su dulce voz... no hay un sitio
donde no vea su imagen.
¡Hijo del alma! por ti,
por ti no hago un disparate.
Esta casa es un sepulcro:
al fin tendré que mudarme.

IV

DIÁLOGO

-¿Me trajo ya la modista
los lujos?

-Señora, sí:
aquí están.

-Quita de ahí,
que su vista me contrista.

-Páseles usted revista,
verá como se distrae.

-¡Ay!... no!... psché... ¿qué tal me cae
esta capota?

-Muy bien.

-¿Y esta mantilla?

-También.

-Aparta... mas no... trae... trae...

V

MONÓLOGO

-¡Magnífico mausoleo
edificarle deseo!
allí volveremos juntos...
¡Qué idea!... ¿saldré a paseo,
el día de los difuntos?

VI

OTRO DIÁLOGO

-Señor escribano, ¡estoy
tan triste! me faltan fuerzas
para todo. Al fin y al cabo
le seguiría a la tierra,
si no fuera porque tengo
un hijo y él me consuela.

Vuélvase usted por aquí...
esos negocios me apestan.
Adiós... ¡ah! dígame usted,
¿será muy grande la herencia?

VII

OTRO MONÓLOGO

¡Qué linda casa!
Puerta del Sol.
Aquí respiro:
otra aquí soy.
¡Qué buenas vistas
tiene el balcón!
Aquí se vive
mucho mejor.
Insoportable
recuerdo, atroz,
era la casa...
¡Válgame Dios!
¡Cuánto alma mía,
mi único amor,
te echa de menos
mi corazón!!

VIII

PREGUNTAS

-¡Si yo pudiera salir
de casa! esta soledad
me consume, esta tristeza
me ahoga.

-Pues claro está
que debe usted de salir.
-Y las gentes, ¿qué dirán?
-¿Qué han de decir? ¿no la han visto
a todas horas llorar?
¡si está usted desconocida!...
tan triste, tan flaca, ¡tan!...
y si fuera usted una vieja...
-Oye: ¿se han cumplido ya
los nueve días?

-¡Señora!
-Es que no sé ni contar.

IX

RESPUESTAS

-¿Oyó usted a aquel caballero
que anoche?...

-¿Quién?... ¡yo oír!...
¡importuno! ¡mentecato!
¡insolente! ¡zascandil!
-Pues él no se propasó...
-¿Qué, no le oíste decir
que era yo muy linda?
-¡Ah!
¿con que lo oyó usted al fin?
-Ni que fuera sorda.
-Vamos...
-¡Hay tanto vago en Madrid!

X

LA INOCENCIA

-Un caballero, mamá,
acaba de darme un
bartolillo.
-Será algún
amigo de tu papá.

XI

LA CONSTANCIA

-Cuando enlutada y sola
voy por la calle,
paréceme que llevo
tras mí un cadáver.
¡Ay! no lo llevo
detrás, sino enterrado
dentro del pecho.

Y si alguno me dice
tiernas lisonjas,
el cadáver levanta
su fría losa.

Duerme, amor mío,
que nadie ha profanado
tu eterno asilo.

XII

CONSEJOS

-Traes un aire de misterio...
-Traigo... una carta de aquél...
-Yo no leo ese papel.
-Mire usted que el lance es serio.
¡Qué amor! de noche y de día
el pobre joven se pasa
las horas junto a esta casa.

¡fastidioso! ¡impertinente!
-¿No me quieres ya?
-¡Hijo mío!
Le abriré. Toma, y a Juan
dile que te lleve al Circo.
-Aquel señor que se esconde
fue el que me dio el bartolillo.
Pídele otro.
-(¡Fatal
memoria la de los niños!)

XVI

POST NUBILA PHOEBUS

-Nunca en el fuego amoroso
sentí mis venas arder:
no el amor; era el deber
el que me unía a mi esposo.
¡Qué desventuradas son
las que ignoran los placeres
del amor!
-Y a mí, ¿me quieres?
-Con todo mi corazón.
-Mi bien mi vida, mi gloria,
celos tengo del pasado.
-¡Tontuelo! casi borrado
está ya de mi memoria.
-Ese niño es en la tierra
un recuerdo... sin cesar...
-Pues se le manda a estudiar
a Francia, a Italia, a Inglaterra.
-¿Y el luto?...
-Es solo un tributo...
-Al muerto...
-Yo te diré:
tres meses ha que enviudé;
pero... me cansa ya el luto.
-¿Y antes del año, mi afán
no premiarás?
-¡Oh! no es justo.
-¿No es tu gusto?
-Sí, es mi gusto;
pero ¡Jesús! ¿qué dirán?

XVII

EN CASTELLANO

-¿Con que te casas?
-¿Quién? ¿yo?

-Si corre de boca en boca.
-¡Ni que estuviera yo loca!
-La verdad, hija, eso no...
¿Hace el año?
-Falta un mes...
menos horas.
-(¡Qué bien cuenta!)
-(¿Qué dice?)
-¿Estarás contenta?
Es rico, es buen mozo, es...
-Pero si no hay nada de eso.
-¡Secretos entre las dos!
Me voy.
-¿Ya? (gracias a Dios).
-¡Querida mía!
-Otro beso.
-Pero es algo calavera;
ten cuidado.
-Por mi nombre...
-El otro ¡era tan buen hombre!
-(Porque se murió. ¡Embustera!)
-Dicen que ha tenido un hijo.
-(¿Será de ella?)
-Colorada.
te has puesto.
-¡Eres más pesada!
-Me iré... veo que te aflijo...
-¡Qué obstinación! ja, ja, ja.
-Y el niño vive.
-Ya basta.
-Adiós, querida.
-Adiós... hasta...
(el valle de Josafá.)

XVIII EN LATÍN

-Dilín.
-¿Quién?
-Parece extraño
que yo tenga que inquirir
a qué hora he de decir
la misa de cabo de año.
-Señor cura, la señora...
-¿Qué es de la triste viuda?
¿reza en su cuarto?
-Sin duda
se estará casando ahora.

A D. Antonio Cánovas del Castillo

Poco y algo

Balada XXXVI

LA GITANA

Estudiante de mis ojos,

el valentón, el galano,
alárgame acá la mano;
de Egipto vengo por ti.
A que de mis labios
oigas tu cierta buena-ventura,
corrí toda Estremadura,
toda Castilla corrí.
Niña salí de mi tierra
a buscarte;
ya mi cabeza está blanca;
pero al fin en Salamanca
logro hallarte.

HERNÁN

Para mí la magia es
gran locura;
solo el verte cual te ves
tu pretensión asegura.
(le alarga la mano)
Habla, pues;
pero di la verdad pura
no pone susto en Cortés
ventura ni desventura.

LA GITANA (cogiéndole la mano.)

¡Qué rayita! ¡qué rayita!
-Atravesarás los mares
con arreos militares
y con soldados en pos.
- ¿Te contentas, niño loco?

HERNÁN

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES

¡Bien por Dios!

LA GITANA

Para mundo de tu gloria,
que no cabrá en este mundo,

otro te ofrece un profundo
marinero ginovés.

-¿Te contentas, niño loco?

HERNÁN

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES

¿Poco es?

LA GITANA

Allí, tierra que espantado
el sol ve de herejes llena,
la santa cruz nazarena
con tu mano plantarás.

-¿Te contentas, niño loco?

HERNÁN

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES

¿Quieres más?

LA GITANA

Antorcha, cual tú, gigante,
incendiarás mil navíos,
para que admiren tus bríos
mar, tierra y cielo a la vez.

-¿Te contentas, niño loco?

HERNÁN

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES

¡Qué altivez!

LA GITANA

Tus esclavos, sus monarcas,
sus princesas, tus queridas...
de haciendas, honras y vidas
tu capricho rey será.

-¿Te contentas, niño loco?

HERNÁN

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES

Loco está.

LA GITANA

De riquezas y tesoros
inundarás las Castillas,
y sus hijos de rodillas
te adorarán como a Dios.

-¿Te contentas, niño loco?

HERNÁN

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES (separándose de él con enojo.)

¡Voto a bríos!

LA GITANA

En dos mundos, que tu brazo
hermanos hizo en la guerra,
no habrá un puñado de tierra
do espire sobre tu arnés.

-¿Te contentas, niño hidalgo?

HERNÁN

Eso... es... algo.

EL ECO DE LA GLORIA

¡ Mucho es!!!

Notas

En esta época de merodeo literario, que la antigüedad llamaba plagio más propiamente, bien hubiera podido el autor, siguiendo la moda, apropiarse las baladas que hay en su colección ajenas; pero aunque la moda la disculpase, tiene el autor en mucho su reputación y su conciencia, elementos sin duda antipoéticos de que carecen los merodeadores literarios, dicho sea con su perdón, si a la verdad perdonan. Y no merece disculpa su torpeza, no por cierto, que el robo -porque es un verdadero robo- a la larga se descubre; y también hay gloria para el que pone en una obra literaria solo el hilo -como dice Calderón- si el hilo es bueno. Demás que en este comercio de las musas, por lo mismo que corre mucha moneda ajena, el crédito no padece por la confesión de los recursos extraños que se utilizan, si para merecerlo queda algún fondo propio. Confesando Goethe en sus baladas y en sus lieds, las que tienen un origen suizo, finlandés, morlaco, etc., nada para sus contemporáneos ni para la posteridad ha desmerecido, como nadie censura a la abeja, porque en la fábrica del panal solo ponga el jugo de sus labios.

Así, pues, el autor de las Baladas españolas va a señalar concienzudamente al público las composiciones que ha traducido, imitado o parafraseado, seguro -porque puede estarlo- de que cualquiera que se tome el trabajo de confrontar con sus fuentes extranjeras las que en este caso se hallan, tendrá por lo menos en opinión de modesto y de verídico a quien, entre otras desventajas, acepta la de poner en parangón sus humildes versos con los primeros poetas del Norte y es decir, con los autores por excelencia de baladas.

Ni bien ni mal.- Balada II

Véase el lied de Goethe, Vanitas, vanitatum vanitas. La idea es la misma: la forma, diferente.

El page de lanza.- Balada V

Childe-Waters, que nosotros en castellano diríamos el doncel Waters, pues los antiguos poetas ingleses daban ala palabra Childe o Chield una significación que ha venido degenerando hasta el child actual (niño), Childe-Waters es más que una balada, una canción

popular, cuyo origen se remonta quizás al siglo XV. Si la copiáramos íntegra se espantarían nuestros lectores de la ferocidad de sus rasgos. ChildeWaters no es vio hombre: es un verdugo de la hermosa Ellen, a quien atormenta con una saña, que no se comprendería por fortuna en nuestro caballeresco país. La hace pasar los ríos a nado, la hace dormir a los pies de su cama, la hace... hasta Celestina de sus más inmundos placeres. Repetimos que en España no se comprendería el amor de Ellen, tan sumiso a toda indignidad. Pero en esta composición verdaderamente salvaje, como la califica Mr. de Chateaubriand en su *Essai sur la litterature anglaise*, de donde la hemos tomado, a través de la brutalidad del fondo y de la oscuridad de la forma, brillan rasgos de esquisita poesía, que hemos querido apropiarnos, trasladándolos a un cuadro menos repugnante. Rogamos a nuestros lectores que cotejen el Page de lanza con Childe-Waters, y comprenderán las dificultades que hemos arrostrado, si no vencido.

La idea de Childe- Waters parece tomada del Decamerón de Bocacio, y el espíritu revivir en Childe-Harold's Pilgrimage, de lord Byron.

El juglar.- Balada VIII.

Después de impresa mi primera edición he advertido que en El Juglar hay algún toque, aunque casi imperceptible de El Bardo, balada de Goethe.

El bautismo.- Balada X.

A lo que dije sobre esta balada en las advertencias Al que leyere, debo añadir que es rigurosamente histórica, aparte la combinación del coro. Hasta en las palabras que he puesto en boca del Patriarca, me ceñí todo lo posible al texto de San Ambrosio, esplanado bellísimamente por Chateaubriand en el lib. I, cap. VI de *El Genio del Cristianismo*. Solamente he suprimido el acto de abrir las orejas y las narices al catecúmeno, diciendo: - ephpheta, ábrete,- -porque no cabía en el cuadro poético. También por dar a mi obra más colorido, en vez de celebrar el bautismo en la piscina, lo pongo en un río, llamándole Jordán por extensión.

Loco de amor.- Balada XIII.

Este lied, de Goethe, se titula El Filibustero.

Perico el ciego.- Balada XVII.

Ésta es una tradición popular que yo creía exclusivamente española, hasta que he sabido que todas las naciones la poseen. Con efecto, la apoteosis de la poesía y de la música, tal como se simboliza en Perico el ciego, está en el corazón de todos los pueblos inteligentes. Puede decirse que es una paráfrasis católica de las fábulas paganas de Orfeo y de Anfión. La edad media ha producido muchas trasformaciones literarias de esta misma índole, y he

aquí por qué la religión en los tiempos caballerescos tuvo tanto de fanatismo, que pareció idolatría. La demanda del sancto Grial, ¿qué es en suma sino los trabajos de Hércules por místico estilo?

Ritja.- Balada XVIII.

El Kan es la vivienda del árabe del desierto. -Duna, cerro pelado, por lo común de arena, donde el beduino planta su aduar. Haylos también en Europa y en España mismo, en todo el litoral mediterráneo, donde son hasta móviles, como en África, que el viento los lleva a una parte y otra. -El patio en Oriente, más que sitio de recreo como en nuestras casas del mediodía, sirve de caballeriza. -Por último, el Djerid es una fiesta o danza que hacen los árabes a caballo, de donde quizá vienen las corridas de estafermo y sortija de la España caballerisca.

No se han puesto estas notas debajo del texto, como en la Judía castellana, porque no eran tan necesarias como allí para su inteligencia.

La cacería feudal.- Balada XXIII.

La chasse du burgrave, balada de Víctor Hugo, me ha inspirado ésta, donde además he traducido e imitado algunas de sus estrofas.

Ballesteros ¡preparaos!

compañeros ¡alegraos!
esta noche gran festín.
(Estrofa 9.^a española.)

Archers, mes compagnons de fetes,
.....
Nous ferons ce soir une chere
chère...
(9.^a y 10.^a francesas.)

Mientras con trémula voz,
la galana castellana,
desde el puente
dulcemente
grita: -¡Adiós!
(Estrofa 3.^a española.)

Il part, et madame Isabelle,
belle,
dit gaiement du haut des remparts:
-Parts!

(15.^a francesa.)

¡Sus! La mitad de mi estado
al que mate ese venado.
(Estrofa 10.^a española.)

Mon chateau pour ce cerf!
(23.^a francesa.)

No por Dios de entre las algas
salgas.
(Estrofa 14.^a española.)

Ah! dans les eaux du lac agreste
reste!
(38.^a francesa.)

Esta noche les das buena
cena.
(Estrofa última española.)

Et ce soir, sur les delectables
tables,
tu feras un excellent met.
(48.^a francesa.)

El final es idéntico en ambas baladas, aunque el pensamiento satírico está menos claro, menos comprensible en la de Víctor Hugo. También éste ha imitado su balada, según dice, de una Colección de tradiciones de las orillas del Rhin.

Magdalena.- Balada XXIV.

Ésta es una canción popular de las islas del archipiélago de Feroe, cuya poesía se reduce solo a estas canciones, la mayor parte religiosas. En *Les chants populaires du Nord*, de Mr. Marmier, puede verse *Magdelaine*, cuya sublime sencillez me sedujo, y que creo francamente que ha palidecido al trasladarse a nuestro clima desde los hielos del Norte. -En esta edición he variado la forma, a mi entender mejorándola.

El ángel mudo.- Balada XXIX.

Un solo rasgo de una balada inglesa de Campbell, titulada La Florecilla, me ha inspirado esta composición, que por lo demás es enteramente original.

Un misterio.- Balada XXII.

El Dios y la Bayadera, lindísima composición de Goethe, que más que balada es un cuento fantástico, me ha inspirado un misterio. La forma y el giro de ambas composiciones son muy diferentes, aunque el fondo sea el mismo.

Esposa sin desposar.- Balada XXXII.

El pensamiento de esta balada es en el fondo el mismo que el de la Fiancée du Timbalier, de Víctor Hugo; pero sólo en tres estrofas la, imitación o más bien paráfrasis.

Carlos quinto, rey de España,
a campaña
en son de guerra salió.
(Estrofa 4.^a española.)

Monseigneur le due de Bretagne
a' pour les combats meurtriers,
convoqué...
(1.^a francesa.)

Cada día en mi delirio
iré un cirio
ante el Eterno a encender.
(Estrofa 12.^a española.)

J'ai brulé trois cierges de cire
sur la chasse de Saint-Gildas.
(5.^a francesa.)

A girones las banderas
prisioneras
el suelo besando van.
(Estrofa 22.^a española.)

Quelques enseignes prisonnières,
honteuses, passent les dernières....

(Penúltima francesa.)

La campana vengativa.- Balada XXXIV.

Esta balada de Goethe se titula La campana que anda.

Baladas españolas de Don Vicente Barrantes

Artículo crítico de D. Agustín Bonnat

[Nota]

El poeta, ha dicho Victor Hugo, no debe nunca escribir como los demás han escrito; debe estudiar, y después trasladar al papel lo que su alma y su corazón han sentido. Nosotros, completamente de acuerdo con esta máxima, no podemos menos de elogiar cumplidamente el libro de que vamos a ocuparnos. Era muy difícil para cualquier poeta, como lo es siempre para todo escritor, introducir un género nuevo en una literatura. Barrantes ha salido victorioso en su empresa; ha enriquecido la nuestra, vasta y rica, con las baladas, tan conocidas y populares en el extranjero, como desconocidas en el nuestro. Estraño nos parecía que un género de poesía tan nuevo como popular, tan dramático y tan lírico al mismo tiempo, no hubiera sido trasplantado a nuestro suelo; por fin, hoy le vemos introducido bajo favorables auspicios; le vemos en nuestra literatura para formar parte de ella.

Ahora, si se nos preguntase a qué género de Baladas pertenecen las de Barrantes, diríamos que a todos; y es lo cierto. Víctor Hugo en las suyas ha querido introducir en la moderna literatura las antiguas poesías de los trovadores de la edad media; ha dicho que sus Baladas se diferencian de todas sus demás poesías, como se diferencia el alma de la imaginación; en las de Barrantes, encontramos varias de ese mismo género, escritas con el alma más que con la cabeza, en que lo tierno predomina; en que lo dramático no es más que acesorio. Otras hay, sin embargo, que cumplen perfectamente con los preceptos de la escuela alemana; pequeñas poesías en que la vibración de la oda y la peripecia del drama se encuentran reasumidas en un cuadro sencillo y franco. El libro de que nos ocupamos las tiene, y basta con leerle para ver que en su colección las hay escritas a la manera de Goethe, participando más del poema que del drama, o viceversa, como en las de Schiller. Ha comprendido nuestro poeta que el sentimiento solo no da la verdadera poesía, y que los maestros alemanes han tenido que hermanar la rapidez del drama, la filosofía de la epopeya

y la sencillez pura del corazón en el mismo cuadro, bajo las mismas formas: esto es lo difícil del arte; éste es el triunfo del genio, y lo que ha elevado a Luis Uhland, a Wilhem Muller, al Conde de Plasen, a Justino Kerner y a la mayor parte de las celebridades de la Alemania.

La balada es, a pesar de su género exótico, de fácil aclimatación en cualquiera literatura, y por eso la poesía moderna en general participa mucho de ella; por eso muchas piezas que llevan otros títulos podrían tomar el de baladas, sin que los críticos más severos tuvieran nada que decir del título, tales como la Dolorida, del conde de Vigny, uno de los poetas más sentidos y correctos de Francia; la Juana la Roja, de Beranger; la Severie, de Sainte Beuve, y otras y otras. A nosotros no nos choca verla introducida y adoptada por todos los poetas, porque vemos en ella la aspiración de la época, el carácter de la sociedad: en otros tiempos no se concebiría; pero desarrolladas ya la poesía dramática del siglo XVII y la lírica de nuestros poetas a estilo de Italia, era preciso en los tiempos modernos la unión de esos dos elementos para formar, digámoslo así, la novela de la lírica; no como las leyendas de España en tiempo del nuevo Romanticismo, en la época del Trovador y del Macías, ni como los recuerdos caballerescos de Zorrilla, sino un género nuevo que uniera todos éstos, que formara la poesía popular dramático-lírica, como las Sombras de los viajes, de Kerner; como las profundas concepciones de Krummacker. Cada época tiene su género, o como dirían otros, cada género marca su época; ha pasado la inesperta de los poetas bucólicos de Italia; ha acabado la lírica ardiente y exaltada de la edad guerrera de los pueblos; ha muerto el Clasicismo regenerador de Andrés Chenier, de Bernard y de Millevoye, de Jovellanos, Cadalso y Meléndez Valdés; ahora la literatura necesita correr suelta como el viento, embalsamar como las flores, suspirar como las brisas entre las ramas; en una palabra, ser el reflejo fiel de la naturaleza, única verdadera maestra que debe tener el poeta siempre presente, para escribir con arreglo al corazón y al alma.

Barrantes en este libro ha comprendido el objeto del nuevo género que iba a legar a su patria; ha estudiado profundamente el carácter peculiar de la poesía a que iba a dedicarse y ha triunfado en su empresa. Prolijo sería enumerar las buenas que contiene este precioso tomito; léanse Esposa sin desposar, llena de la frescura y sentimiento de las baladas de Uhland, El Ciprés del Buen Retiro, que parece arrancado a una página de Krummacker, y El alma en vela, de deliciosa ternura, de poética forma y de correcto colorido.

Al lado de éstas tan sencillas y tan profundas, se hallan otras llenas de fuego, como Ritja y Dos Santos y un Rey, dramáticas como La misma conciencia acusa, Santa Isabel y Murillo, y otras y otras.

En cuanto a las bellezas y defectos de que pudieran adolecer las Baladas de Vicente Barrantes, diremos que aquellas son muchas, que éstos, aunque haya algunos, palidecen al lado de aquéllas. Efectivamente, «¿qué es, como dice muy bien el autor del prólogo algunos versos flojos, cierta estravagancia en los metros, poco conveniente quizás, y tal cual dicción no muy castiza, si todo ello va cubierto y rebozado de tales y tantas bellezas, que la vista apenas lo columbra?» Barrantes ha tenido el talento de hermanar el sentimiento con el entusiasmo, de unir la imaginación con el alma, y ha formado de ese conjunto la verdadera balada; no ya la de Byron en sus Melodías, no la de Víctor Hugo en Silfo y en el Lutin, tan parecidas a muchas de sus odas; no la novelesca de Walter Scott, ni las serenatas italianas

que los viajeros califican de baladas sentimentales; sino la verdadera balada, la poesía franca y natural de las de Moore y de las buenas de Hugo, escritas al modo de Goethe y de Muller, de Uhland y de Grunn.

Si hubiéramos de clasificar las baladas de Vicente Barrantes, comparándolas con otras, encontraríamos en ellas, como hemos dicho, toda la variedad que conoce la literatura de ese género; pero para concretarnos más a un tipo, en él encontramos casi los mismos elementos que en las de Muller: descripciones naturales y maestras, sencillez encantadora, y ese ideal de frescura y melodía que llamaba Goethe el soplo verdadero de la lírica.

En las notas puestas por el autor al final de su obra, ha dicho que algunas hay tomadas de otros poetas, y aun éstas tienen la particularidad de no semejarse a sus modelos. Esto, aunque parece una paradoja, no lo es. Esposa sin desposar se diferencia bastante en el colorido y en el carácter de la Fiancée du Timbalier, de Víctor Hugo; igual pasa con algunas tomadas de Goethe, como Ventura y desventura, Loco de amor y otras, lo cual no les quita mérito, sino que se le aumenta, según el dicho del mismo Goethe en sus Máximas y reflexiones, que es un gran mérito vestir de nuevo lo pasado.

Las baladas de Barrantes están llenas de riqueza de imágenes, de pensamientos nuevos y floridos, de ternura y sencillez en los detalles, y de agradables conjuntos. En ellas se ven rasgos admirables y que honran a un poeta, tales como este de La Golondrina:

Bajo mi pico

llevo un papel,
prenda de amores
de una mujer.

En él su vida
su alma va en él...
¡lloraba tanto
cuando volé!...

O como en El copo de nieve:

¡Ay niña triste!

es la esperanza nieve
que se derrite.

O como en la de El Ciprés del Buen Retiro, que por lo corta insertamos a continuación:

Niñas, mis niñas galanas,

que por tardes y mañanas
pasear gozoso os miro
con vuestras madres ancianas

por los bosques del Retiro;

Torced a la izquierda mano,
y cuando encontréis después
un ciprés triste y lozano,
os contaré en verso llano
la historia de ese ciprés.-

Ese ciprés macilento
al columpiarse en el viento
dice en lánguido suspiro:
-«Yo soy un remordimiento
»del palacio del Retiro.»

»Mis hojas lágrimas son
»con que Isabel de Borbón
»lloró contrita y cristiana
»su malograda pasión
»al conde Villamediana.

»De sangre y llanto nací,
»sobre una tumba broté,
»entre suspiros crecí,
»y aun dos almas aquí
»vienen a llorar su fe.

»En vano me azota el viento,
»y un siglo y otro pasó,
»y tempestades sin cuento...
-»¡Niñas! el remordimiento
»es eterno como yo.»

Poeta y muy poeta es quien ha hecho esa preciosa balada, que hemos citado como más corta, no porque la creamos la mejor del libro.

Léase la que lleva por título el caprichoso de No miréis o la novia, y cualquiera creará estar leyendo una de las picarescas letrillas de nuestro Góngora.

En la de Las siete canciones del mes de mayo hay estrofas tan lindas como ésta:

¡Ya llega! ¡ya llega! lo anuncia la brisa,
lo anuncia al Oriente
la nube ayer negra, mas hoy sonrosada:
la brisa es tan solo su dulce sonrisa;
la nube sus ojos de ardiente mirada,

que el alma presente,
que bebe estasiada.

Vendrán las mañanas de plácido gozo;
a orillas del río,
vendrán las meriendas, los dulces festejos,
y luego brindando galán alborozo
las noches de estío,
las noches de luna que duermen los viejos.

Sentimos que el breve espacio de que disponemos para este artículo, no nos permita insertar *El alma en vela*, una de las más tiernas y sencillas del libro.

Si quisiéramos citar todo lo bueno que encierran las baladas de Barrantes, sería preciso hacerlo de casi todo él; léase, y se verá cómo no deben marcarse los defectos a quien no puede menos de conocerlos tan bien como nosotros.

Su autor es joven; y a pesar de que este libro sea, según él, un adiós a la poesía, creemos que no debe privar a las letras de obras tan poéticas como las suyas: nuestra juventud tiene entusiasmo y fe; cree y espera; anímesela, y al lado del período triste y desierto que hemos atravesado, nacerá una nueva generación como empieza una nueva era: no se duerman sobre sus laureles los poetas como Ruiz Aguilera, Arnao, Selgas, Trueba y Barrantes; traba en los que como Ayala, Eguilaz, Cazorro y Larra pueden honrar nuestra escena todo hombre se debe a sus semejantes; haga cada cual lo que su corazón y sus creencias le digan, y la obra de la regeneración llegará a su colmo.

AGUSTÍN BONNAT.

(Publicado en *La Ilustración* de 18 de Febrero de 1834.)

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.